Germán Machado

El devorador de paisajes y otros cuentos

Ilustraciones de Fernando de la Iglesia



Para mis amigas y amigos de Dodecá.

Para Álvaro Ojeda y Marcos Taracido, esas amistades literarias, aquí y allá.

Colección Miradas LdN

Texto Germán Machado

Imágenes Fernando de la Iglesia

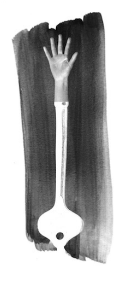
Versión digital de la versión en papel con ISBN: 978-9974-687-64-6

(Estuario, 2011, Uruguay)

libro de notas, 2012

El proyecto de edición de Libro de Notas busca aunar textos de calidad con un formato y diseño adecuados a la lectura en ordenador y otros dispositivos alternativos. Todos los libros están disponibles para descarga libre, pero pedimos que se apoye nuestra labor editorial y el trabajo de los autores –sólo en el caso de que te haya gustado el libro– con una donación cuyo mínimo hemos fijado en un euro. Donar.

| Cerraduras



Padre es cerrajero. Hace llaves. Arregla cerraduras. Coloca pestillos. Cuando una puerta no funciona, lo llaman a padre. Y padre lleva la valija de las herramientas, y arregla la puerta. Por eso lo llaman, para que arregle llaves, cerraduras, pestillos. Gracias a padre hay mucha gente que puede entrar a su casa, o salir de ella.

Padre dice que trabaja mucho. Yo lo veo trabajar, porque padre me lleva a la cerrajería después de que me va a buscar a la escuela. Y lo ayudo. Desde el mediodía hasta que anochece. Padre trabaja y yo también.

Padre dice que trabajar es bueno. Dice que quien trabaja anda derecho y el haragán, torcido. A padre no le gustan las cosas torcidas. Cuando una llave le queda torcida, se enoja y vocifera insultos para todos lados. Yo me escondo. Los insultos de padre se amontonan adentro de la cerrajería. Son tantos insultos, y tan fuertes, que parece que la cerrajería fuera a explotar.

Padre me dice que tengo que trabajar para no salir torcido. Yo lo ayudo a hacer llaves, a arreglar cerraduras, a colocar pestillos. Cuando las llaves me quedan torcidas, padre me golpea.

El primer golpe sorprende y asusta. El segundo enfurece. El tercero, y los demás, duelen. Padre siempre golpea más de tres veces.

Padre dice que los haraganes terminan siendo chorros. Dice que a los chorros hay que matarlos a golpes. Yo no quiero ser chorro. Por eso trabajo. Y para que padre no me golpee.

Pero padre también dice que a él los chorros le sirven. «Fijate», dice padre, «donde antes había una cerradura, ahora hay dos o tres. Y si hay muchas cerraduras, hay que hacer muchas llaves. Y si hay que hacer muchas llaves, hay trabajo. Y eso es bueno. Cuantos más chorros, más trabajo».

Padre no es haragán y no se tuerce porque hay muchos chorros. Yo pienso que si hay muchos chorros voy a tener que ayudar más a padre y no me voy a torcer. Que haya chorros es una suerte para nosotros: para padre y para mí, porque madre murió hace tres años, después de que yo cumpliera cuatro.

De afuera la cerrajería parece una heladera. Es blanca y rectangular. Padre dice que las paredes son de fibra de vidrio. La fibra de vidrio es peligrosa porque pica mucho. Si te recostás contra las paredes de adentro, te quedan pedazos de vidrio chiquititos clavados en la piel. No los ves, pero te pican y arden. Para que se te vaya el ardor te tenés que bañar.

Cuando padre me golpea, la palma de su mano es como de fibra de vidrio.

La cerrajería es chica. En el costado tiene una puerta y adelante una ventana. Está hecha para que la use una sola persona: mi padre, el cerrajero. Pero cuando llueve, yo también entro y me siento en el piso, a los pies de padre.

La cerrajería es como las cabinas de los guardias de seguridad. Padre dice que ahora ponen esas cabinas en las esquinas para vigilar mejor a los chorros. La gente le paga al guardia de seguridad para que se quede adentro de la cabina y vigile a los chorros. Yo pienso que los chorros le dan trabajo a mucha gente.

La cerrajería está en la esquina de una avenida de doble vía. Tiene una puerta en el costado y una ventana en el frente. Padre atiende a los clientes por la ventana. Debajo de la ventana está la rueda de pulir y la morsa. Y encima están colgadas las limas y las llaves sin hacer. Contra la pared de atrás hay un estante donde padre tiene una garrafa y una cocinilla para calentar el agua del mate o para calentar panchos o cocinar huevos duros. En invierno, la cocinilla también sirve de estufa. La cerrajería es muy fría en invierno, y en verano es muy calurosa.

A las llaves, para que sirvan, hay que hacerlas. Padre compra las llaves sin hacer y luego las hace. Hacer una llave es difícil, porque la llave tiene que calzar bien en la cerradura. La cerradura tiene huequitos en los que deben entrar los dientes de la llave. La llave tiene dientes que deben calzar justo en los huecos de la cerradura. Si a la llave le quedan los dientes derechitos, calza bien. Si le quedan torcidos, no sirve. A veces padre tiene que repasar las llaves porque no calzan bien. A veces la llave le queda torcida. Entonces padre se enoja y me pega.

Cuando alguien quiere una llave, padre toma una de las que están sin hacer y le corta pedazos con la lima. Luego la pule con la rueda de piedra. Si la pule muy rápido, de la rueda saltan chispas. Es lo que más me gusta. Una lluvia de chispas sale disparada de la

piedra y dibuja como un triángulo. Me gusta mirar las chispas, que saltan rápido y se apagan antes de golpear las paredes de la cerrajería. Yo también puedo hacer chispas con la rueda de pulir. Hay que hacer girar la rueda de piedra bien rápido y poner una llave o un pedacito de metal. Las chispas son como la lluvia, pero de fuego.

Cuando oscurece, si no hay llaves para hacer, padre cierra la cerrajería y nos vamos a casa. Para cerrar la cerrajería hay que poner una chapa de metal que cubre la ventana y pasar llave a la cerradura de la puerta. En la chapa de la ventana dice cerrado.

En casa padre prepara la comida para cenar mientras yo hago los deberes. Después cenamos y yo me voy a dormir y padre se pone a ver la tele. No hablamos mucho. Por la noche, casi siempre, padre está triste y enojado.

Nuestra casa es chica. Tenemos un dormitorio donde dormimos padre y yo. Después está la cocina y el comedor, todo junto. Y hay un baño que también es chico. La casa es chica como la cerrajería.

Cuando madre vivía, yo dormía en el comedor. Después padre cambió la cama grande por dos chicas y yo pasé al dormitorio. Yo no sé por qué murió madre. Padre dice que estaba torcida. Las llaves, cuando quedan torcidas, hay que tirarlas.

Ayer me quedó una llave torcida y padre me pegó.

Para pegarme, padre me mete adentro de la cerrajería, cierra la puerta, me ata un pañuelo cubriéndome la boca para que no grite, me obliga a agacharme debajo de la ventana y me patea, o me pega con un pedazo de manguera que tiene colgada junto a las limas y las llaves.

Antes padre me pegaba en la calle. Me agarraba de un brazo y me daba palmadas o me pegaba manguerazos en la cola y en las piernas. Pero un día, una vecina, que padre dice que es una vieja puta, lo denunció a la policía.

Ese día, me acuerdo, vino una mujer policía y le preguntó a padre si era cierto que él me golpeaba. Padre dijo que no. Después me preguntó a mí, y yo dije que no. La mujer policía escribió en una libretita cosas que le preguntó a padre: nombre, dirección, cédula de identidad, estado civil. A mí solo me preguntó si me golpeaba, y yo dije que no. La mujer policía le dijo a padre que al día siguiente tenía

que pasar por la comisaría a firmar unos papeles. Después se fue.

A partir de ese día, padre me pega adentro de la cerrajería para que la vieja puta no lo vea, para que no venga la mujer policía y para no tener que ir a la comisaría a firmar papeles.

«Ahí va la vieja puta», dice padre cuando la mujer pasa por adelante de la cerrajería. Ella pasa y hace como que no nos ve. Cuando pasa, yo me escondo, porque me da vergüenza que me vea.

Hoy padre me pegó más fuerte que nunca. Yo estaba haciendo una llave y me distraje con la lluvia de chispas que salía de la pulidora. La llave se partió. Padre estaba al lado de la puerta arreglando la cerradura de un cliente. Cuando se partió la llave, padre me estaba mirando. Se levantó de un salto y dijo: «Guacho de mierda». Recogió la cerradura del piso y se metió para adentro. Todo fue muy rápido. Me ató el pañuelo en la boca, me tiró del banco donde estaba sentado, me caí al piso y comenzó a golpearme. Primero patadas, luego manguerazos. «Vas a aprender», decía. «Guacho de mierda», decía. Cuando paró de pegarme, me dolía todo el cuerpo, y la cabeza, y las piernas. La vieja puta no vio nada.

Después de golpearme, padre terminó de arreglar la cerradura, tomó la caja de herramientas y se aprontó para irse a la casa del cliente. «Vos te quedás acá», me dijo. Cerró la ventana de la cerrajería y después la puerta.

Ahora estoy encerrado en la cerrajería. Está oscuro aquí. Hay olor a gas. Los otros días padre dijo que la garrafa de la cocinilla pierde gas, y me parece que se rompió la hornalla cuando padre me golpeó. Hay mucho olor a gas aquí adentro. Tendría que abrir la puerta, porque este olor me marea. Padre se llevó las llaves, pero quizás yo pueda hacer una llave derechita que calce en la cerradura.

Tomo una de las llaves sin hacer y la hago. Primero con la lima, corto aquí y allá. Me tengo que apurar, porque el gas me está mareando mucho. El gas huele como los insultos y gritos de papá.

Ahora tengo que pulir. Me tengo que apurar, hay mucho olor a gas. La rueda de pulir va bien rápido. Pongo la llave sobre la rueda. Veo saltar las primeras chispas.



| La rezadora digital



A muchos despidió la compañía HAL ese año, pero Narciso Brucevik no se merecía salir de la empresa humillado de ese modo. Él sabía programar computadoras como pocos en aquel páramo de dólares y silicio. Meticuloso, sabía escribir y corregir línea por línea, de la mañana a la noche, sin abandonar su oficina. Los demás se cansaban e iban a tomar café al primer KB aceptablemente concluido, mientras que él seguía digitando hasta completar diez o veinte KB. Los programas que él escribía salían a fase de prueba en la versión B.1, o B.2 como mucho. Los que hacían los otros llegaban a la M.8 o M.9 antes de poder testear con el supervisor general.

Narciso Brucevik era un programador que no tenía precio, aunque se lo pagaron, y hasta regatearon, a la hora de despedirlo.

Cuando salió de la empresa, tuvo que rebuscarse en mil y una. Asuntos pequeños que lo rebajaban: alguna planilla contable, bibliotecas de colegios, un sistema de contralor de ordeñe en un tambo. Esos trabajos no los hacía a desgano, pero él sabía que podía desempeñarse a otro nivel. Podía ir más arriba. Lo que necesitaba era una empresa donde emularse y estimular su nervio, su rigorismo, sus mostradas y demostradas capacidades de ingeniero.

No fue eso lo que le ofreció la Empresa de Pompas Fúnebres Mirabelli cuando lo contrató. Pero con la amenaza de divorcio hecha explícita por su mujer no podía negarse a aceptar el ofrecimiento que, para él, significaba un puesto fijo, un salario mensual estable y una tarea sencilla, como era la del mantenimiento informático de todas las áreas operativas de la funeraria. Era eso, o su mujer se iba a vivir con el amante de turno y lo dejaba en la calle.

* * *

De la Empresa de Pompas Fúnebres, lo que más agradaba a Narciso era el olor que había en su oficina. Un olor permanente, inamovible, perfectamente medido. *Cenizas de agosto*: así quedó bautizada la combinación del perfume ambiental. Era el mismo aroma artificial en toda la empresa, desde los baños hasta las salas de

velatorios, cubriendo pasillos y oficinas. Lo regulaba un dispensador controlado por el servidor central del equipo informático: esa fue la primera innovación que Mirabelli hijo le había permitido realizar a Narciso, dándole aire a sus dotes de ingeniero de sistemas, más allá de las planillas contables de las que se encargaba a diario.

Luego siguieron otras innovaciones. Entre ellas, una de las más destacadas fue la del registro en video digital de todos los concurrentes a los velatorios, disponible para los clientes en caso de que lo solicitaran. Se trataba de un servicio diferencial que brindaba la empresa. Tenía un costo adicional en la tarifa, pero no era muy oneroso. Había sido una buena iniciativa de Narciso, quien la había instrumentado con pocos recursos técnicos y económicos, pues se limitó a reprogramar el sistema de televigilancia de la empresa, de modo tal que aprovechaba las filmaciones que realizaba el equipo de seguridad. Con eso mejoraba la digitalización y compresión de las imágenes capturadas para que los deudos no perdieran definición a la hora de repasar en pantalla, una por una, las amistades del finado que habían concurrido al velatorio. Con esta iniciativa, Narciso había dado cumplimiento a uno de los lemas de todo buen programador: es preferible empezar con algo parcial que partir de cero [1].

Otra innovación fue la incorporación de sistemas geostáticos en todas las unidades de transporte, a los efectos de evitar embotellamientos en el tránsito desde el tanatorio al cementerio: «Los muertos, en su último viaje, no merecen los retrasos que tenemos que sufrir los vivos todos los días para llegar desde nuestras casas al trabajo», le había dicho Narciso a Mirabelli hijo cuando lo convenció de incorporar este sistema de prevención de atascos en toda la flota de vehículos: carrozas, remises y furgones.

Podríamos enumerar otras tantas innovaciones de ese tipo que, poco a poco, acompañado del entusiasmo de su empleador, Narciso fue aportando al éxito de la empresa. Innovaciones que le permitían romper con la rutina de su trabajo, la cual no dejaba de ser cumplida con una eficiencia encomiable. Innovaciones que le permitían airear su más honda vocación.

A Narciso le iba cada vez mejor en la empresa, pero había días en que extrañaba su desempeño como programador en HAL. Eran momentos de nostalgia. Por lo general lo asaltaban a la noche, en su casa, cuando la condensación en el vaso con güisqui comenzaba a resbalar por su mano como lágrimas de viuda. Entonces él se decía que su destino debía ser más glorioso: algo grande, algo que provocara el arrepentimiento de sus antiguos contratistas. Así se

dormía Narciso de vez en cuando: pensando, soñando, penando.

* * *

Una tarde de verano, a última hora, cuando Narciso terminaba de editar uno de los videos para entregar a un cliente que había solicitado el servicio de filmación, registró una escena inesperada. Una anciana intentaba convencer a otra mujer para que llorara. Aquello le resultó extraño a Narciso. Retrocedió la cinta y trató de escuchar lo que decía la anciana:

—Destapá el llanto, m'hija. ¿No ves que tenés el pecho apretujao? Desahogá, m'hijita, que te va a reventá el corazó. En mi época, allá en el pueblo, una buena rezaora y tres lloronas bastaban pa' dejarte el pecho ventilao. Dos rezos y unos minutos de llanto y te ibas pa' tu casa con el duelo prontito.

Dicho eso, la anciana se plantó a los pies del difunto, aflojó el chal que le cubría los hombros, levantó los brazos como si fueran alas y pulsó un rezo hondo y agudo:

—Demos gracia a Dio, y que recoja el alma de este buen hombre —dijo la anciana, y toda la gente comenzó a seguir el aleteo oscuro de su cuerpo, su voz y su responso, hasta que terminó, firme y sostenido—: Padre todopoderoso en el cielo como en la tierra. Venga a juzgá en esta hora a los vivo y a los muerto. Y sea tu voluntá.

Allí mismo, a la otra mujer le salió un llanto que parecía venir desde el subsuelo de la funeraria. El primer estertor sacudió la sala como una ventisca. Luego se esparcieron lloros como una lluvia, de esas que comienzan fuerte, a goterones, y se van diluyendo en una veladura gris, delicada, como una gasa apenas balanceada por el viento. Lloró la mujer y, con ella, todos los concurrentes. La catarsis colectiva del llanto parecía haber recompuesto a parientes y amigos del difunto, pues se los veía más lozanos al terminar el episodio.

* * *

Un buen programador es un experto en reciclar y dar uso a ideas ajenas. Narciso lo sabía. Era una de las primeras lecciones que había aprendido en las redes de programación de software de código abierto: todo aporta. Y aquella anciana, con su sabiduría tradicional, firme en sus palabras, ajustada en los gestos, precisa en sus movimientos, modulada en su voz, acababa de ofrecerle una idea que no podía desaprovechar: construir una rezadora. ¡Sí! Una rezadora digital. Montar un programa que alimente algún tipo de robot para hacer eso que los humanos ya casi no saben hacer de forma natural: elevar un rezo que permita llorar la muerte como Dios manda.

Esa tarde, y hasta bien entrada la noche, Narciso se quedó en la empresa. Después de terminar con su tarea comenzó a diseñar la estrategia para construir la rezadora. Lo primero fue estudiar aquella escena y analizar detalle por detalle la forma en que la anciana había logrado hacer llorar a la otra mujer. Luego consideró con qué hardware podía contar. Finalmente, planificó cómo comenzar a construir el programa, trabajando como siempre, línea por línea, con la meticulosidad quirúrgica que lo caracterizaba.

* * *

La versión beta de su rezadora digital, a la cual había nombrado Natividad, estuvo pronta a inicios del invierno siguiente. Un año y cuatro meses le había llevado el proyecto. Lo había realizado por fuera de su horario, como si se tratara de un trabajo voluntario. Su lema durante todo el proceso de trabajo había sido: se puede enterrar un muerto de muchos modos, pero hay modos que nos permiten

enterrarlo como si nunca antes se hubiera muerto.

El robot Natividad era un maniquí sofisticado: un *dummy*, le gustaba decir a Narciso. Podía mover la cabeza, los brazos y la cintura. Podía mover los labios y figurar el habla. Podía abrir y cerrar los ojos. Disponía de un sistema lagrimal que, mediante un mecanismo de goteo, simulaba el llanto. Podía inclinar el torso hacia adelante y girar la cintura hacia los costados. El maquillaje, confeccionado por una empresa que brindaba servicios para productoras de cine, daba a Natividad un efecto de realidad: la rezadora digital parecía una india guaraní y tenía esa fuerza como telúrica.

Un complejo sistema de circuitos integrados alimentaba al robot. Este trabajaba con una batería de larga duración, que permitía autonomía de operación por una hora. El sistema era controlado a distancia, desde un computador que estaba instalado en la oficina de Narciso y que operaba sobre la base de un programa diseñado por él.

Pequeñas pruebas habían confirmado la viabilidad del proyecto. El robot funcionaba a la perfección. Hablaba, lloraba, levantaba los brazos, hacía reverencias y rezaba, sí, que era en definitiva su cometido funcional.

Narciso veía a Natividad en acción y no podía menos que felicitarse, pues su artificio no estaba lejos del modelo que había motivado su proyecto. Una y otra vez, Narciso repasaba aquellas imágenes que tenía grabadas en su computadora, y una y otra vez veía cómo, en su capacidad de rezar, Natividad se iba pareciendo a aquella mujer que tanto lo había impactado a él y a los concurrentes al velatorio de marras.

A finales de invierno, Narciso hizo una demostración frente a su jefe, que no pudo menos que felicitarlo por los resultados. Llegado a ese punto, solo le cabía poner a prueba su creación en un velatorio real. Él sabía que todo hardware y software requieren una fase de prueba efectiva antes de difundirse. Sabía que los usuarios son quienes diagnostican problemas, sugieren correcciones y ayudan a mejorar los productos y a depurar el código de los programas. Pero esto era complejo para el caso de su aplicación: sin un muerto de verdad y sin un velatorio en el que Natividad pudiera cumplir sus oficios, no habría prueba posible.

El funcionamiento real, para el caso de Natividad, requería testearse en una puesta en escena en la cual comprobar sus efectos emotivos. Sería como el estreno de una obra de teatro, que podía

estar muy bien ensayada por los actores, tener una escenografía y una coreografía cuidadas, los tiempos medidos, y todo lo demás, pero que hasta el momento de presentarla frente al público nadie podría asegurar que fuera a funcionar. Lo que Narciso requería era esa oportunidad: la de estrenar su obra frente al público. Y es que un programador, en tanto creador, también es un artista.

* * *

Mirabelli hijo había apoyado a su empleado en los distintos emprendimientos que este fue sugiriéndole. El de Natividad, en particular, le generaba ciertos temores, ciertas reticencias. ¿Cómo reaccionaría la clientela una vez que Natividad se pusiera en funcionamiento en medio de un velatorio?

Durante todo el proceso de creación de Natividad, Narciso había operado frente a Mirabelli hijo guiado por otra de las normas del buen programador: soltar sus avances y escuchar a sus clientes. Así se había conducido hasta el momento en que el empresario lo felicitó al ver en funcionamiento a Natividad, luego de la prueba final, el último ensayo. Pero aplicar esta innovación en los velatorios representaba un desafío cargado de riesgos. Mirabelli hijo dudaba. Narciso lo alentaba e intentaba despejar los temores del empresario.

Las idas y venidas entre Narciso, Mirabelli y Natividad duraron casi un mes. Finalmente, el empresario aceptó utilizar el robot en un velatorio, pero puso algunas condiciones. La prueba se haría con un cliente que no perteneciera a las clases medias ni altas de la sociedad. Las negociaciones con el cliente quedaban bajo la supervisión de Narciso, quien operaría como una empresa tercerizada —Rezos y Responsos S.R.L.— y correría con todas las responsabilidades si algo saliera mal.

* * *

Narciso ofreció los servicios de la rezadora digital a varios clientes, pero no tuvo muy buena recepción. Algunos no entendían de qué se trataba. Otros consideraban que no había gran cosa para llorar, o se declaraban ateos y no les importaban los rezos.

La primera oportunidad de poner a prueba a Natividad se presentó cuando la muerte de Estanislao Santacruz, de profesión albañil, de familia católica. Los hijos del albañil habían accedido a los servicios de Mirabelli por un convenio vigente entre la empresa fúnebre y el sindicato de la construcción. El velatorio tendría lugar el sábado, desde las 9 hasta las 14 horas, cuando partiría el cortejo para el Cementerio Norte. La familia Santacruz contrató con la empresa Rezos y Responsos el servicio de la rezadora digital.

Cuando llegó el cajón con el muerto, Narciso solicitó que lo pusieran en la misma sala donde había sido el velatorio del que tenía registradas las imágenes de la otra rezadora, la de verdad. Ubicó a Natividad parada casi en el mismo lugar donde se había puesto a rezar aquella mujer. Dejó allí el robot y se fue a monitorear el velatorio desde su oficina.

A medida que llegaban los deudos, Narciso podía ver que miraban con cierta extrañeza el maniquí, pero la relación de Natividad con el público no pasaba de ese ínfimo desconcierto. Como el robot estaba cerca del cajón, la gente no le prestaba mayor atención. Al menos no lo hicieron hasta el momento en que Narciso puso a funcionar a Natividad.

Eran cerca de las 13 horas. La sala estaba atiborrada de gente. El difunto, además de ser el *paterfamilias* de una descendencia numerosa, había sido un sindicalista de fuste y era reconocido entre los afiliados del gremio de los trabajadores de la construcción. Muchos trabajadores concurrieron a su velatorio luego del mediodía, cuando salían de trabajar de las obras. Entre ellos, había un veterano, un hombre robusto, muy compungido y en avanzado estado de ebriedad. Fue este quien, al ver que Natividad levantaba los brazos con desesperación y comenzaba su rezo lloroso, quiso calmarla y la abrazó

por los hombros.

Narciso no había previsto esa contingencia. Lo cierto es que aquel obrero presionó con fuerza para detener a Natividad y obturar los movimientos de los brazos y la cadera. Ello produjo un recalentamiento en los dispositivos eléctricos y forzó un cortocircuito que, con su descarga, lanzó al veterano obrero contra el pedestal que sostenía el féretro del difunto. Al caer, el hombre arrastró arreglos florales, sillas y también el féretro. Arruinó la mortaja y dejó el cadáver boca abajo en el piso. El cortocircuito, a su vez, incendió las ropas de Natividad y provocó que se disparara el sistema contra incendio que, además de activar la bocina de la alarma, comenzó a dejar caer chorros de agua en la sala. La gente se alborotó e intentó salir en desbandada hacia la calle. Muchos resbalaban pisando restos de los arreglos florales que se dispersaron a lo largo del salón. El experimento fue un desastre completo.

El incendio logró sofocarse con la intervención rápida de un cuerpo de bomberos. Los daños no fueron grandes, pero el episodio le costó la vida a una mujer que sufrió un infarto múltiple, dicen que por la impresión.

* * *

Los abogados de Mirabelli hijo no tuvieron mayores dificultades a la hora de descargar todas las culpas en Narciso. Acusado de homicidio culposo fue a parar a la prisión. El juez se compadeció de él y le bajó la pena al mínimo, lo cual significaba que tendría que estar por lo menos tres años en prisión.

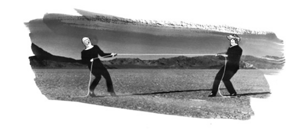
Ante su desgracia, Narciso podría haberse consolado repasando los lemas del buen programador. Sobre todo aquel que sostiene que las soluciones más innovadoras y de mayor excelencia surgen cuando se comprende que los problemas están mal formulados. ¿De dónde había sacado Narciso que es mejor llorar en los velatorios que estarse quieto parado en un rincón?

Pero él no era de esos hombres que buscan consolaciones fáciles y se dejan ganar por las adversidades. Había que ver el entusiasmo con el cual trataba de convencer al oficial encargado del turno matutino de la cárcel de que si le conseguía una computadora, no tendría mayor inconveniente en diseñarle un programa que le facilitaría el conteo de los presos a la hora del cambio de guardia, algo que siempre resultaba un rompedero de cabeza para los oficiales y los presos, pues, si al contarlos faltaba alguno, los oficiales encargados no se podían ir a sus casas, y los presos debían levantarse de sus celdas y salir al patio a formar filas, lo cual era un verdadero incordio para todos.

---

[1] N. de E.: El credo de Narciso Brucevik parece ser una versión libre de las lecciones enumeradas en el célebre texto: *La catedral y el bazar*. Se trata de un ensayo de Eric S. Raymond que a fines del siglo pasado promovió las ventajas del *software* de código abierto frente al de código propietario.

| Transfusiones



Se transcribe a continuación el contenido del manuscrito que fuera entregado al Secretariado del Comité de Ética del Gremio Médico del Uruguay por la esposa del recientemente fallecido, Dr. Edgardo Garzón. Se deja constancia de que, adjunto al manuscrito, este Secretariado también recibió un trozo de papel escrito con pluma, con una caligrafía característica de siglos anteriores, supuestamente extraído de un antiguo cuaderno, propiedad del Dr. Francisco Antonio Dival. Se solicita a los integrantes del Comité que tengan a bien considerar la información aquí revelada, y que se pronuncien respecto de si estos documentos pueden revestir carácter de prueba en el caso de que las autoridades del Gremio resuelvan dar a publicidad los hechos que aquí se manifiestan como ciertos.

La práctica de la medicina nos impone muchas obligaciones. Hay dos, entre estas, particularmente difíciles de asumir: decir cosas muy duras que la gente no quiere escuchar y callar otras, más duras aún, que algunas personas disfrutarían ventilándolas sin piedad. Honestidad cruel y secreto profesional: lo parejo cura lo parejo, enseñaba Paracelso. Hay veces en que los médicos no estamos a la altura de esas dos obligaciones. Otras veces, ni siquiera estamos a la altura que nos exige lo más elemental de la profesión, pero ese es otro asunto, que ahora no viene al caso considerar.

Quizás resulte vanidoso para algunos, pero puedo aseverar que en el desempeño de mi profesión he sabido decir aquello que mis pacientes querían conocer pero no escuchar, y he sabido callar aquello que mi profesión exigía guardar en secreto. Sin embargo, ahora que escribo esta historia, sin saber qué destino tendrá una vez que concluya su escritura, siento la compulsión de dejar dicho algo que, así lo presiento, mejor sería entregar al silencio y al olvido.

Soy la única persona con vida que conoce la verdad sobre estos hechos, pero no me cumple la obligación de hacerla pública. Para mí, será bastante con el esfuerzo que representa asentarla sobre el papel. Que sean otros los que juzguen si la historia que pasaré a narrar merece ser difundida, cómo y cuándo.

Mantuve con el doctor Marcelo Ruiz Dival una amistad de años, cultivada no solo como colegas, sino también por dos aficiones que

tenemos en común: la navegación y el estudio de la historia de la medicina. Fue él quien, por primera vez, me puso en la pista de este ominoso caso.

Un día primaveral, a mediados de 1981, cuando volvíamos de una jornada naviera, conversando con Ruiz sobre algunos aspectos poco conocidos de la historia de la medicina en Uruguay, él mencionó, a manera de ejemplo, el caso de las transfusiones de sangre. Al respecto, me indicó que la segunda transfusión de sangre realizada en el país tuvo lugar el 15 de marzo de 1877. El Boletín Médico Farmacéutico, un periódico mensual que se editaba por entonces, dejó constancia de esa operación con lujo de detalles. Fue el joven facultativo Florentino Ortega quien, con relativo éxito, llevó a cabo la operación en el Hospital de Caridad de Montevideo. La transfusión se hizo a un militar que padecía una aneurisma en la pierna y que, por frecuentes hemorragias, había perdido mucha sangre. La transfusión —que por entonces no era un procedimiento habitual en el campo de la medicina, y que incluso había sido proscripta durante un largo período por el Parlamento de París y por el Vaticano, debido a los estragos que llegó a ocasionar su práctica— en este caso puntual permitió que los cirujanos amputaran la pierna del militar para salvarle la vida.

Luego de relatarme a grandes rasgos ese caso histórico, mi colega Ruiz me planteó una inquietud que lo perturbaba: ¿Por qué ese periódico subrayó que la información se refería a la segunda transfusión realizada en Uruguay y no mencionó nada sobre la primera? ¿Quién realizó la anterior? ¿Cuándo? En todo el material bibliográfico que Ruiz había consultado en los últimos años no pudo encontrar ninguna referencia sobre esa primera transfusión. ¿Por qué esa ignorancia sobre la primera, siendo que se informaba al detalle sobre la segunda? ¿Por qué ese silencio?

Quise calmar a mi colega diciéndole que, como sucede en la navegación a mar abierto, enfrentarnos con el material bruto y crudo de la historia, a menudo, también suscita la sensación de dar con algo inconcluso, algo inabarcable, una sustancia que se ahueca y abisma en las brumas de lo infinito. De poco hubo de servirle mi comentario metafórico, pues su inquietud —luego yo lo entendería mejor— iba más allá de una obsesión historiográfica y de cualquier preocupación poética.

En aquel lejano día de primavera, el doctor Ruiz supo transmitirme la ansiedad que ese desconocimiento histórico le ocasionaba. Mediante su relación de los hechos históricos y sus preguntas, tan incisivas como porfiadas, tuvo la destreza para

contagiarme, bajo la forma de la curiosidad, lo que no sería más que una suerte de complicidad soterrada. Por entonces, yo no podía imaginar que mi amigo, con absoluta conciencia de sus actos, estuviera poniéndome en el camino de aquella historia inacabada, inoculándome la responsabilidad de ser yo, más tarde, quien hubiera de revelar los hechos que a él lo agobiaban; responsabilidad que, confieso, no termino de asumir.

Por la misma época en que Ruiz refirió aquel episodio clínico y el misterio que la información encerraba, tuve que atender en un caso de urgencia a una de sus primas, la señora Milena Suárez Dival de Espínola, quien por entonces rondaba los setenta años. El propio Ruiz me derivó su caso: una neumopatía que se resolvió sin mayores dificultades. Luego de eso, seguí atendiéndola como su médico de cabecera por más de cinco años.

Milena Suárez era una mujer amable y cordial. En su juventud había querido dedicarse a la medicina, pero como no tuvo el apoyo de su familia, optó por estudiar música. Cuando yo comencé a tratarla aún daba clases de piano y solfeo en su casaquinta del barrio Atahualpa.

Que Milena fuera prima de Ruiz o bisnieta del Dr. Francisco Antonio Dival, el primer médico gobernador del Uruguay, no fue lo que favoreció nuestro trato. Sí lo hizo, en cambio, el hecho de que fuera viuda de un marino mercante, el capitán Luis Espínola. Y es que nuestras primeras conversaciones rondaron siempre los temas del mar y de la navegación. Fueron esas gratas conversaciones, y la confianza que naturalmente los pacientes depositan en sus médicos cuando estos los tratan con bondad y esmero, lo que permitió que entre nosotros naciera una amistad que iría creciendo con el tiempo.

Cuando iba a visitarla para los controles médicos, Milena me invitaba con una copa de guindado y algunas masitas caseras. Por lo general, me retenía en conversaciones sobre situaciones extraordinarias vividas por su marido en alta mar o me pedía que escuchara alguna interpretación suya al piano. Así discurrían mis visitas a su casa, las que siempre me resultaban placenteras y tenían la virtud de aplacar las urgencias que los médicos experimentamos en la actualidad en casi todos nuestros tratos con los pacientes.

Atendí a Milena durante casi un lustro. Padecía una insuficiencia

pulmonar crónica que poco a poco iba restándole energía y vitalidad. Con su salud muy deteriorada, quizás intuyendo que iba a morir, una semana antes de fallecer Milena me enseñó los bienes que había heredado de su bisabuelo, el doctor Dival, y que conservaba en una de las piezas de la casa, intocada por el tiempo y, prácticamente, arreglada al modo de un museo de sitio.

Me llamó la atención que Milena me sugiriese visitar aquella sala. Nunca antes había referido su existencia. Cuando entramos, abrió las ventanas para iluminar el lugar. Me impresionó el cuidado con que estaba conservado el patrimonio de su ancestro. La sala podía representar perfectamente el estudio de un médico de la alta sociedad a fines del siglo xix: un escritorio amplio al centro; dos sillones y un diván con respaldo y apoyabrazos curvos; un biombo con sus paneles tapizados en seda; un archivador con cajones y bocallaves de hueso; un gabinete de madera; muebles con puertas vidriadas que hacían las veces de bibliotecas o de relicarios, cargados de libros e instrumental médico. La luz que entraba en la sala se deslizaba lustrosa sobre los enchapados de palo rosa y caoba. Todo se conservaba tal como si alguien hubiese estado trabajando allí el día anterior, a la vez que exaltaba el transcurso completo de un siglo, la pátina irremediable del tiempo.

Entre las dos ventanas de la sala que daban al fondo de la casa había colgado un cuadro muy grande con un retrato de Francisco Antonio Dival. Una frente vasta y despejada coronaba su rostro ceñudo. El bigote, espeso, parecía descolgársele de la nariz y trepar por la barba como una humareda arracimada. Su rostro expresaba síntomas de adversidad: un rictus de autoridad, tenue, vacilante, apenas podía encubrir el gesto de desdén y agobio que emergía del trasfondo de aquel retrato. Mientras observaba el cuadro, Milena me contó que de niña solía jugar en aquella pieza, y que allí había nacido su inclinación por la medicina.

Fuimos recorriendo vitrina por vitrina. Ella iba adelante, mostrándome distintos instrumentos utilizados por los médicos en aquella época. Yo la seguía detrás, leyendo los lomos de los libros, cuyos títulos, mayoritariamente, estaban en francés. Así anduvimos un rato, hasta que Milena me dijo que quería mostrarme algo. De un arcón de madera extrajo un aparato que nunca había visto en mi vida. Se trataba de una vasija de vidrio coronada, de un lado, por una lanceta de metal y, del otro, por una llave de doble paso de donde salían dos caños de goma. En el extremo de un caño había otra lanceta de metal y en el extremo del otro caño, una pera de caucho. Mientras yo analizaba aquel extraño artefacto, Milena extrajo un libro

del mismo arcón y me lo extendió. El ejemplar llevaba por título Transfusion de sang humain par la méthode de J. Roussel. Por lo que pude hojear, su edición databa de 1872. Al interior del libro aprecié unas ilustraciones que enseñaban el funcionamiento del aparato de transfusión inventado por el propio Roussel. Era el artefacto que Milena acababa de enseñarme.

Seguí hojeando aquel tomo sin darme cuenta de la inquietud que, tal como caía la tarde en los fondos de la casaquinta, iba ganando mi ánimo. En el libro fui descubriendo subrayados y algunas notas al margen que mostraban una caligrafía menuda y temblorosa. Encontré hojas tachadas con cruces de tinta que hendían el papel con una violencia impertinente. Me detuve en una página, en la cual había un manchón que solo podía ser de sangre.

Unas palabras pronunciadas por Milena interrumpieron mi concentrada exploración. Al principio, su voz sonó aguda y amenazante, como una ventisca cuando se cuela a través de las hendijas de los postigos. Me dijo que quería revelarme un secreto de familia. Así dijo: un secreto de familia. La miré expectante y confundido.

Recuperando el tono de voz que caracterizaba su amabilidad en el trato, Milena me pidió que tomara asiento y me entregó un sobre extraído por ella del mismo arcón donde estaban los otros dos objetos. En su interior había un trozo de papel manuscrito, cortado de un antiguo cuaderno. Luego supe, porque ella así me lo dijo, que se trataba del fragmento de un diario personal del Dr. Francisco Antonio Dival. Allí, en apenas diez líneas, con la parquedad y concisión de un informe clínico, se relataba la historia de la primera transfusión de sangre realizada en Uruguay. En el papel manuscrito se podía leer:

12 de agosto de 1876: El aparato transfusor de Roussel no funcionó como era de esperarse. Ejecuté las indicaciones del tratado al pie de la letra, pero no pude inyectar la sangre del facultativo F. O. en mi paciente. La sangre no pasaba correctamente por la cánula. Luego de presionar varias veces el balón de goma, noté que la sangre se coagulaba rápidamente en el conducto. Cuando comprendí que si insistía en presionar el balón de goma podía enviar un coágulo a la vena de mi paciente, ya era tarde. El aparato era nuevo y había sido probado con dos de los perros de la estancia. Lo había traído de París en mi último viaje. Estaba garantido por los mejores fabricantes. Sin

embargo, algo funcionó mal. En determinado momento, el Sr. R. G. sufrió un sofoco y comenzó a ahogarse. Suspendimos la transfusión. Al rato, el paciente sufría un infarto y fallecía. Q.E.P.D.

Milena me dijo que la madre, a instancias del abuelo, le había enseñado ese trozo de papel en una oportunidad en que discutieron agria y violentamente sobre su interés en estudiar medicina. Fue entonces cuando la madre de Milena le había revelado que el aparato de Roussel y aquella desgraciada transfusión habían sido una cruz en la vida del abuelo Dival, e insistió en que la medicina, como todas las actividades que no deslindan estrictamente lo sagrado de lo profano, encierra la potencialidad de hacer de la vida una desgracia. Jamás iba a permitir que su hija se dedicara a esa disciplina aciaga. Fue la última vez que en su familia se discutió sobre ese punto. Después de eso, Milena no tuvo más opción que la música y el solfeo.

Luego de repasar aquel episodio, Milena relató una larga historia de intrigas y chantajes en la que se entrecruzaba el oscurantismo de unos pocos médicos con la ambición y el conservadurismo de una minoría de comerciantes y hacendados, personas todas que, por aquella época, retaceaban el apoyo casi unánime que había recibido el gobierno de facto del coronel Almena, en cuyas filas, muy oportunamente, se había alistado su bisabuelo, Francisco Antonio Dival. Aquel fracaso clínico se logró mantener en secreto a costas de favores políticos e importantes sumas de dinero. Solo esto permitió que el eminente médico no viera truncada su carrera política, a la postre, tan anodina como infausta, pero no exenta de los laureles y las investiduras del caso.

En el fondo de su conciencia, Milena sentía que el honor de su familia estaba mancillado por el acontecimiento ominoso de la transfusión, mucho más, incluso, que por todos los errores que su bisabuelo pudiera haber cometido como gobernante. No lo expresó con claridad, pero estoy seguro de que ella creía que si yo me hacía cargo de conservar su secreto, quizá, en alguna región del Espíritu Universal, por algún extraño mecanismo de transferencia, una voluntad oceánica y absoluta pudiese remediar ese abismo de culpa en el cual, generación tras generación, su estirpe se hundía irremediablemente.

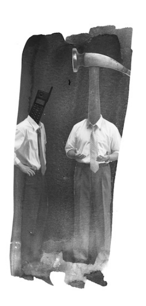
Con un gesto de agotamiento, cuando ya me retiraba de su

casa, Milena dejó en mis manos aquel trozo de papel arrancado del diario personal del doctor Dival. Creo que procedió así para que yo contara con una prueba irrefutable sobre la verdad de aquel hecho. Quizás adivinó la posibilidad de que, en algún momento, yo lo revelara. Pero nada me indicó al respecto, por lo cual tampoco me exigió cumplir con ninguna obligación: ni la de decir, ni la de callar. Una semana después, y para siempre, ella no iba a poder indicarme qué hacer con su secreto.

El día del velatorio de Milena me encontré con Marcelo Ruiz. Hablamos de su prima. Le comenté la visita a la sala de su ancestro. Me detuve en la descripción detallada del aparato de Roussel. Luego le comenté que Milena me había enseñado un fragmento del diario personal de su abuelo Dival. En ese momento Marcelo me interrumpió: sabía que yo sabía. No quería escuchar más. Y remató la conversación diciéndome que yo acertaría cómo actuar llegado el caso.

¿Acertaría cómo actuar? Al día de hoy, cuando la imagen del doctor Marcelo Ruiz, mi viejo amigo, ya es solo un recuerdo lejano y su nombre es un conjunto de letras grabadas en bronce en una placa recordatoria en el Instituto de Historia de la Medicina de la Universidad, en este día en que escribo, no termino de comprender si él y Milena, actuando en complicidad o no, quisieron convertirme en el honroso emisario de una verdad histórica acaso irrelevante o, por el contrario, solo pretendían que fuera el cómplice sórdido de un secreto familiar: un secreto que, como todos los de esta índole, por la significativa omisión que encierra, tiene la capacidad de determinar el destino de la descendencia, más aun que de proteger la dudosa estirpe de una ascendencia tan corrompida como funesta. No termino de dilucidar qué esperaban de mí y por eso no sé cómo proceder. Que otros emparejen esta vacilación. Y que el tiempo les dé la certera imparcialidad que a mí no me fue concedida.

| Una educación permanente



Hacía tiempo que no recogía un folleto en la calle. No digo recoger del piso, sino recoger uno de esos que te entregan en la mano. De manera sistemática evito cruzarme con quienes los ofrecen. Si voy andando por la acera y veo que hay alguien que los entrega, calculo el momento en que se los ofrece a otra persona, lo esquivo y avanzo. He llegado a cruzar a la otra acera con tal de no toparme con muchachos y muchachas que entregan folletos que promocionan casas de masajes, restaurantes con menú profesional, pizza por metro, outlets de zapaterías, jeans a mitad de precio...

No es que desprecie a la gente que hace ese trabajo. En lo más mínimo. No hacen más que ganarse el jornal honradamente. Si no los recojo, es porque después no sé qué hacer con los papeles. No me gusta tirar desperdicios en el piso. Pienso que es incorrecto hacerlo. En el curso que hice en verano sobre Protección del Medio Ambiente e Higiene Social nos enseñaron a ser extremadamente cuidadosos con el manejo de los residuos, todos los residuos.

En la ciudad, cualquiera puede comprobarlo, uno camina cuadras y cuadras sin encontrar un recipiente donde arrojar desperdicios. Los que coloca el municipio, por lo general, están rotos o llenos a desbordar. Al final, cuando recojo un folleto, termino por guardarlo en mi bolsillo y me tengo que desprender de él en mi casa o en la oficina, según me esté dirigiendo a un lado o al otro. En todo caso, es una molestia. Por eso, hacía tiempo que no recogía ningún folleto en la calle.

Hoy recogí uno. La muchachita que los entregaba me tomó por sorpresa. No la vi de antemano. Cuando llegué a la esquina, ella giró sobre sus talones y, como a quemarropa, me dijo: «Sírvase». Y acto seguido me puso el folleto a la altura del pulmón derecho.

Estuve a punto de negarme a aceptarlo. Iba a decirle que no, que gracias, que no necesitaba, que recién me habían dado. Pero la muchacha me sonrió gentilmente, como dando por hecho que yo lo iba a llevar. Y lo llevé.

Guardé el folleto en mi bolsillo y cuando llegué a la oficina, antes de arrojarlo en la papelera, se me ocurrió leerlo. Promocionaba un Curso Avanzado de Operador de Telefonía Celular.

El folleto decía: «Conviértase en un experto operario de teléfonos celulares en un mes. Realice llamadas. Responda efectivamente. Envíe mensajes de texto. Use correctamente el correo de voz. Bloquee y desbloquee el teclado. Maneje el directorio

telefónico. Conozca todo lo que puede llegar a hacer con su teléfono celular. Docentes expertos. Cupos limitados. Se entrega diploma una vez aprobada la prueba final. Inicio de cursos los días 10 de cada mes. Horario: martes y jueves de 18 a 19 horas».

Al pie del folleto figuraba la dirección de la academia. Queda a la vuelta de la oficina. También escribieron un número de telefonía fija al cual llamar.

* * *

Estamos a 9 de agosto. El curso empieza mañana, pensé. Y no sé por qué, pero se me ocurrió que no estaría mal agregar en mi currículum este antecedente: Operador en Telefonía Celular. Claro que antes tendría que conseguir un teléfono móvil, pues no lo tengo.

En el folleto no dice si es necesario tener un celular para hacer el curso. Tampoco dice cuál es el costo, ni si es necesario tener experiencia previa para inscribirse. Llamaré para preguntar y luego decidiré.

Me instalé en mi escritorio y despaché rápidamente el trabajo que tenía para la mañana. Cuando quedé libre, llamé a la academia. Del otro lado, una chica me atendió muy amablemente. Me explicó que no es necesario tener experiencia previa. Que es conveniente concurrir con el propio teléfono. Que el costo del curso es de quinientos pesos, unos veinte dólares, aclaró. Que debo decidirme pronto, pues el curso comienza mañana y solo quedan tres cupos libres.

El resto de la mañana lo paso pensando si me conviene o no hacer el curso.

La consultaría a Mariella, la secretaria del jefe, mi compañera de oficina, si no fuera porque está de muy mal humor.

A primera hora el jefe le hizo una observación a Mariella que ella consideró impertinente. Mientras siga enojada, prefiero no

importunarla. Resolveré qué hacer por mi cuenta.

Pienso: el horario es adecuado, comienza media hora después de que salgo de trabajar. Pienso: no tengo problemas de dinero; el mes pasado ahorré lo suficiente como para pagar el curso y hasta dispondría de efectivo para comprarme un teléfono celular; si es que me decido a inscribirme, claro.

* * *

A la hora del almuerzo salí a buscar comida a la rotisería. Caminando hacia allí, vi que en la misma cuadra hay un local de venta de teléfonos celulares. Ese local está instalado hace tiempo, pero nunca me había llamado la atención. Recordé entonces lo que había aprendido en el curso de Management del Entorno Visual que hice el año pasado. Allí nos explicaron que uno fija la atención solo en aquello en lo que previamente ya fijó la atención. Es así: vale la redundancia. Desde hoy de mañana fijé mi atención en la telefonía celular y, por ello, ahora, atiendo al hecho de que en esta cuadra hay una casa que vende estos dispositivos electrónicos, cosa en la que no había reparado antes.

Me paro a observar la vidriera. Hay celulares de todo tipo. Entro a la casa y consulto por un modelo que está a un precio accesible. Lo compro. La chica que vende se ofrece para explicarme cómo funciona. Le digo que no es necesario, que no se moleste, que ya me las voy a arreglar. En definitiva: decidí hacer el curso.

Antes de regresar a la oficina pasaré por la academia a inscribirme.

La academia es una casa vieja donde dan cursos de distintas materias: informática, diseño gráfico, electrónica, comunicaciones y así. Entro. En la recepción está la chica que me atendió cuando hablé por teléfono. La reconozco por la voz. Aprendí a reconocer a la gente por su voz luego de que realicé un Curso de Reconocimiento

Fisonómico y Fónico de Personas; ya hace unos años de eso.

La chica, cuando me ve entrar, me saluda muy gentilmente. Me pregunta qué deseo. Le explico que había llamado en la mañana averiguando por el Curso de Operador de Telefonía Celular, y que decidí hacerlo. «Vengo a inscribirme», termino diciéndole.

Ella, entusiasmada, me informa que hay que completar una ficha de inscripción. Luego, una vez que cumplimos con todas las formalidades, sin dejar de sonreír un solo momento, me felicita por mi decisión. «Bienvenido», agrega, mientras me entrega el certificado de inscripción.

* * *

Hoy es jueves 10 de agosto. Comencé el curso. El profesor es un tipo joven y elegante. Sabe combinar la vestimenta formal con la indumentaria casual. Impresiona a su auditorio como una persona ágil y moderna. Me doy cuenta. Cumple perfectamente con el modelo de «joven persuasivo», del cual me hablaron en el Curso de Semiótica de la Presencia y el Buen Vestir, un curso rápido, de los tantos que realicé antes de asistir por un semestre al Taller de Trabajo Voluntario y Primeros Auxilios, hace ya más de tres años.

La primera clase fue amena. Una clase típicamente introductoria. El profesor hizo que todos los concurrentes nos presentáramos. Unas nueve personas, mayoritariamente adultos. Luego, con prestancia y cierto aire de superioridad, se refirió a los objetivos y al programa del Diploma en Telefonía Celular.

Para aliviar las ansiedades características de estos cursos breves e intensos, el profesor explicó con suma claridad en qué consistiría la prueba de evaluación final. «Serán cuatro ejercicios», dijo: «el primero, realizar una llamada; el segundo, recuperar una llamada perdida; el tercero, añadir un número de teléfono en el directorio del aparato; el cuarto, enviar un mensaje de texto. No

tendrán mayores dificultades», culminó.

La clase fue más práctica que teórica. Discurrió con un ritmo jocoso y ágil, si bien fue interrumpida por los espasmos de los diferentes timbres de los teléfonos, que se disparaban caótica e incontroladamente entre las manos y las risotadas de los alumnos.

Al finalizar esa primera clase, ya sabía encender y apagar mi teléfono celular. Había seleccionado una sinfonía de Schubert para el timbre de mi teléfono. También había aprendido cómo recargar la batería, lo que hice a la noche, antes de acostarme a dormir.

* * *

El mes del curso se pasó volando. En la oficina hubo mucho trabajo y en casa me pasaba horas realizando los ejercicios que el profesor mandaba los martes y jueves. Aprendí perfectamente todo lo que se nos enseñó en clase. No es por jactarme que lo digo, pero luego de un mes de intensiva tarea, pienso que de verdad me he convertido en un experto operador de teléfonos móviles.

Mariella, que en este mes ha mejorado su humor notoriamente, fue mi mejor aliada. Ella respondía mis llamadas y contestaba mis mensajes de texto cada vez que me ejercitaba en esas materias.

Al principio, a Mariella le llamó la atención que yo hubiera comprado un teléfono celular: «¿Para qué lo querés?», me preguntó, «Si vos nunca hablás con nadie». Le expliqué que, justamente, no hablaba con nadie porque no tenía teléfono celular, y que eso era lo que pretendía subsanar.

Mariella, durante el horario de trabajo, se pasa todo el tiempo enviando y recibiendo mensajes. Fue por eso, creo, que el jefe la había observado la otra vez. A pesar de la amenaza que significaba que el jefe volviera a reprenderla, practicábamos en la oficina enviándonos mensajes de un escritorio a otro.

Ella estaba contenta con el vínculo que estábamos generando. «Nuestro vínculo», decía Mariella, que a menudo comentaba las ventajas y desventajas de los diferentes modelos de celular que existen. Además, supongo, Mariella estaba contenta, porque cuando comenzamos con las prácticas le regalé una tarjeta para recargar su teléfono. No era para menos, considerando las molestias que le iba a causar cada vez que tuviera que contestar mis llamadas y mensajes. Llamadas y mensajes en los que apenas decíamos cosas como: estoy acá; me estoy yendo; voy para allá; nos vemos en un rato; chau.

A Mariella no le dije nada sobre el curso que estaba haciendo. Solo le dije que necesitaba practicar. Según lo pienso, no se trata de que cualquiera acceda a estos diplomas y luego compita con uno a la hora de presentar los currículos para obtener un puesto. Hoy somos aliados y buenos compañeros, ya lo creo, pero si el día de mañana tenemos que competir por un ascenso en la empresa, ella y yo seremos feroces enemigos, cumpliéndose así lo que me enseñaron en el Curso de Coatching Empresarial y Emulación Laboral, uno que realicé años atrás. El tiempo dirá.

* * *

Hoy tendré la prueba final. Estamos a 7 de setiembre. Jueves. Si todo sale bien, hoy obtendré mi Diploma de Operador en Telefonía Celular: el De-O-Te-Cé, como lo designa el profesor.

No estoy para nada nervioso. De todos modos, pedí para salir media hora antes de la oficina, así practico un poco antes de la prueba.

* * *

La prueba es individual. La mesa examinadora estará integrada por el docente del curso y la coordinadora general de la academia, una mujer de aspecto ambicioso, pero de trato muy cordial.

Nos hacen pasar de a uno. Cuando me toca a mí, estoy completamente tranquilo.

Entro a la sala. El profesor me saluda y me pregunta si estoy pronto. Yo tengo mi aparato en la mano, encendido. Le contesto que sí. Para comenzar, me pide que agregue al directorio de mi celular su número de teléfono y el de la coordinadora general. Me los dicta. Cumplo esa tarea rápidamente. Cuando termino, el profesor me alienta: «Correcto, correcto», repite.

Inmediatamente, me pide que llame por teléfono al celular de la coordinadora general. Lo hago. Mientras estoy hablando con ella, él me envía una llamada a mi celular. La llamada de él queda perdida en mi aparato. Cuando termino de hablar con la coordinadora general, me pide que recupere su llamada. Lo hago. Entretanto, me envía un mensaje de texto.

No lo dije antes, por lo cual me permito ahora una digresión: algo que nos llamó la atención, y fue comentado por todos los alumnos, es la velocidad con la que el profesor hace bailar su pulgar sobre el teclado. Es increíble la cantidad de texto que puede escribir en apenas unos segundos. Difícilmente, algún día, haya uno de nosotros que pueda superarlo.

Así, cuando logro recuperar su llamada perdida, y ni bien termino de responderla, suena Schubert en mi teléfono, avisándome que tengo un mensaje de texto. Lo leo. Es el mensaje del profesor. Me dice que esa es la última prueba y me pregunta si estoy satisfecho con los resultados del curso. «Responda en tres palabras», agrega al final del mensaje. Con mi dedo pulgar, ni muy rápido, ni tampoco muy lento, contesto: «Estoy muy satisfecho». Y oprimo la tecla send.

Suena el celular del profesor avisándole que tiene un mensaje. Es el mío. El profesor lo lee y lo responde al instante. Ahora suena mi aparato. Leo el mensaje que me acaba de enviar. «¡Enhorabuena!», dice, y agrega: «Aprobado». La coordinadora general, al otro lado de la mesa, se pone de pie y me felicita. Extiende su mano para saludarme. El profesor hace lo mismo. Cuando me da la mano, siento en mi palma

la callosidad de su dedo pulgar: una callosidad áspera, corrugada, alfanumérica.

Saludo al profesor siguiendo los procedimientos que aprendí en el Curso de Negociación y Buenos Modales que hice mientras culminaba el bachillerato. La coordinadora general completa el diploma: un formulario preimpreso con el logo de la academia. Escribe mis datos y la calificación obtenida: «Excelente», garabatea con una caligrafía que me resulta algo inhóspita, inadecuada para la ocasión. Firma ella y le da el diploma para que lo firme el profesor. Luego, me lo entregan.

Cuando voy saliendo del salón, el profesor llama al siguiente alumno.

Con un aire de satisfacción, a punto de salir de la academia, me detengo en el ambulatorio. Guardo mi celular en el estuche que llevo en el cinturón del pantalón. Estoy en eso cuando me aborda la secretaria de la academia y me entrega un folleto. Sonriente, me explica que es el programa de un Curso para Operador de Faxes y Centralitas Telefónicas que inicia la semana próxima. Me advierte que no quedan muchos cupos, pero que me reservará un lugar hasta el lunes, pues los alumnos que hicieron el curso de telefonía celular tienen preferencia para inscribirse.

Le agradezco su atención. Le digo que lo pensaré y me retiro. Ya en la calle, con el folleto en una mano, repaso mentalmente las hojas encuadernadas de mi currículum, donde hoy agregaré el diploma que tengo en la otra mano. Me pregunto, entonces, si Mariella tendrá un diploma de operadora de faxes. Lo dudo.


| Seguir un número



El Jaspe estaba hablando sobre las desgracias que puede acarrear seguir un número cuando Raymundo lo interrumpió:

—¿Seguir un número? Ustedes no saben lo que es seguir un número —dijo alzando la voz—. El catorce, siete, sesenta y cuatro. El borracho, el revólver, el llanto. Catorce mil setecientos sesenta y cuatro. Mi abuelo lo seguía. Mi padre lo seguía. Y yo lo seguí. Tres generaciones. Cincuenta y dos años de corrido. ¡Eso es seguir un número!

Llamé al mozo y le pedí que sirviera otra vuelta.

El mozo se acercó con la botella de grapa y sirvió en los tres vasos sin dejarlos que desbordaran. Cuando el mozo se fue, nuestros cuerpos, que mientras él servía se habían replegado sobre los respaldos de las sillas, volvieron a inclinarse hacia el centro de la mesa.

El Jaspe se quejó por la tacañería del mozo a la hora de servir los vasos.

—Es nuevo en el boliche, está haciendo letra con el patrón —afirmó—. En poco tiempo estará haciendo llorar los tragos como corresponde —agregó, con un dejo de vanidad.

Raymundo, volcado sobre la mesa, desgarbado como un mamboretá, ajeno al comentario del Jaspe, retomó su discurrir de orgullo y lamentación:

—Mi abuelo comenzó a jugar ese número después de la guerra, en el 46. Murió mi abuelo en el 52 y mi padre siguió jugándolo. A su turno, lo sucedí yo. Comencé a seguir el número en el 74 y lo seguí jugando hasta el viernes 23 de enero de 1998. Lo compraba en el cambio La Elegida, en la Ciudad Vieja.

Raymundo quedó pensando. Tras dar esas zancadas entre fecha y fecha, fue como si necesitara reposar su memoria sobre anaqueles más palmarios: el nombre de las calles transitadas, algunos rostros, los motivos que ilustraban los billetes de lotería. Bebió un trago y

continuó.

—Al principio iba todos los viernes a buscarlo. Salía de la oficina y me mandaba hasta la agencia de loterías. Cuando me jubilé en el Correo se me hizo más cuesta arriba ir a buscar el número. Tenía que viajar especialmente hasta allá, todas las semanas, una hora para ir y una para volver. Pero no dejé de seguirlo. Nunca. ¿Y para qué? Al santo botón. Jamás saqué nada. Apenas un desquite de vez en cuando.

Raymundo sacudió la cabeza con lentitud. Su gesto de negación parecía adelantar, en su relato, un desenlace triste como el temblor de sus dedos cuando levantaba el vaso con grapa, lo llevaba hasta sus labios para beber y lo volvía a dejar sobre la mesa, ocupándose en ello con un movimiento pausado y suave, como esa luz rojiza y calurosa que, al retroceder hacia el horizonte, se arropaba en las nubes que cubrían la bahía.

—Más de una vez pensé en dejarlo —continuó Raymundo—, pero no me animaba. Unas épocas con más convicción, otras con menos, seguía jugándolo. No es que pensara que si lo dejaba y el número salía, me fuera a amargar por el dinero perdido. No. Esa no era la pérdida a la que le tenía miedo —Raymundo hizo un suspenso, bajó el tono de voz y lo llevó casi a un susurro confesional—. Era otro sentimiento. Era un sentimiento de deslealtad: no jugarle hubiera sido como traicionar mi ascendencia. Hubiera sido como romper un ritual ancestral casi sagrado: comprar el número cada semana, esperar el sorteo de la lotería del viernes, fantasear con la idea de que el dinero del premio nos permitiría construir un rancho en el balneario de Playa Pascual, en ese terreno siempre baldío, a cuadras del mar, justo allí, donde, según contaba mi abuelo, había sido concebido mi padre en un paseo dominical. Sí. Haber dejado de seguir el número hubiera sido una herejía y una traición.

El Jaspe carraspeó. Así le indicó a Raymundo que quería retomar lo que estaba contando al principio de la conversación.

Raymundo lo miró y, haciendo un ademán con la mano, con cierta molestia, le indicó que hablara. Mientras tanto, recogió el vaso de la mesa y sorbió su grapa entristecida.

El Jaspe volvió a carraspear. Su voz arrancó quejumbrosa y enseguida se diluyó en un murmullo ofuscado.

—Nadie traiciona una herencia de esas —dijo, resaltando el

significado del relato de Raymundo, pero como desentendiéndose de su pertinencia o, en todo caso, de la sentenciosa severidad con que venía siendo narrado.

Hablando rápido y de un modo entrecortado, el Jaspe intentó concluir, sin mayores detalles, la historia sobre las desgracias que sufrió un conocido suyo cuando dejó de apostar a un número que había seguido a la quiniela durante un par de meses.

Justamente, cuando llegó a esa parte, cuando dijo «un par de meses», Raymundo lo volvió a interrumpir, ahora ofuscado, indispuesto, quejoso:

—Un par de meses... ¡vamos! Eso no es seguir un número. Eso es oportunismo. Seguir un número es otra cosa. Es un mandato de orden moral —dijo Raymundo con un tono soberbio, casi autoritario—. Seguir un número es algo religioso, algo sagrado. Es aceptar, con el peso agraciado de la responsabilidad, un régimen de obediencia y servidumbre. ¡Eso es seguir un número! Así se aplicó mi abuelo. Así se aplicó mi padre. Y así me apliqué yo al catorce, siete, sesenta y cuatro. Lo seguí durante veinticuatro años hasta que llegó aquel viernes indigno.

Raymundo se detuvo y se echó hacia atrás en la silla. Se esforzó en guardar los bajos de su camisa adentro del pantalón. Con una mano empujaba la camisa, mientras con la otra tiraba del cinturón hacia arriba. Luego se volcó hacia adelante, recogió el vaso y lo vació de un trago. Antes de depositarlo en la mesa, pasó su mano sobre la superficie de madera, limpiando el círculo de líquido que el vaso había dibujado, sigilosamente, mientras él hablaba. Finalmente, como si todo el movimiento hubiera sido una actuación premeditada, sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón, lo extendió en el aire y se secó la mano.

El Jaspe, que parecía arrepentido por haber interrumpido a Raymundo, terminó de un sorbo su copa y llamó al mozo para pedirle otra vuelta de grapa, como si eso lo redimiera ante el otro. Yo me apuré a terminar mi copa antes de que viniera el mozo a servir la vuelta.

Mientras el mozo servía la grapa, Raymundo guardó su pañuelo. Cuando el mozo se fue, retomó el relato:

—Un día, el sobrino del Tano Fatolucci, que había quedado al frente del cambio La Elegida, me dijo que no era necesario que fuera por la agencia todos los viernes a levantar el número; que si yo quería, él podía reservármelo todas las semanas, y que yo fuera a principio de cada mes a liquidar mi cuenta. La idea me pareció atinada. Era un gesto de cortesía y confianza de su parte que me ahorraba los viajes desde La Teja hasta la Ciudad Vieja, y me aseguraba que ningún inconveniente circunstancial, ¡qué sé yo!: una enfermedad, un accidente, cualquier cosa, pudiera dejarme una semana sin comprar el número y participar del sorteo. Le dije al sobrino del Tano Fatolucci que estaba de acuerdo. Así lo resolvimos y así lo cumplimos durante años, hasta ese infeliz viernes en que el catorce, siete, sesenta y cuatro salió a la grande.

Raymundo soltó un bufido. Era como si hubiera olfateado adentro suyo el olor acre de esa rabia cultivada durante años; esa rabia que entonces exhaló en una sola bocanada. Era como si su voz fuera un puñado de aire contaminado que, por momentos, le dificultaba la respiración, exigiéndole un fraseo sórdido y entrecortado.

—Al día siguiente, el sábado, de mañana, fui hasta la Ciudad Vieja a levantar el número premiado —continuó Raymundo, acelerando las palabras luego de respirar hondo—. Debía pagarle al sobrino del Tano los billetes del mes y arreglar para cobrar lo mío. Cuando llegué, parecía que me estuvieran esperando. Entré al local radiante, con los brazos en alto, festejando. El sobrino del Tano ni se inmutó. «¿Qué desea?», me preguntó, impávido, como si nunca me hubiera visto en su perra vida. Le respondí que venía a buscar mi número: el catorce, siete, sesenta y cuatro. «¿Su número?», me preguntó con cierta prepotencia. En ese momento pude adivinar lo que vendría después. Levanté la voz. Los demás empleados se acercaron. Lo insulté. Me le fui arriba. Y entonces el sobrino del Tano sacó un revólver y me lo puso a la altura del pecho. «Si no te vas ahora mismo, te quemo», dijo, mientras otro empleado me empujaba hacia la puerta.

—¡Así nomás! —exclamó el Jaspe, en un tono entre indignado e incrédulo.

—Así nomás —reafirmó Raymundo, que continuó apresurado su relato—. Salí para afuera. Agarré una baldosa del suelo. La tiré contra

una de las vidrieras del local que se deshizo en astillas. Iba a seguir con los otros vidrios, pero llegó un policía y me detuvo. Pasé el fin de semana en la comisaría, tuve que pagar la vidriera y no pude siquiera hacerle un juicio al desgraciado ese. Un abogado amigo me disuadió de iniciar cualquier acción legal. Me explicó que los billetes de lotería son documentos al portador, y me advirtió que el sobrino del Tano Fatolucci tenía en su poder las participaciones de los tres sorteos anteriores de enero. Con esos billetes en su poder, a los del cambio les iba a ser muy fácil explicar que el número era de ellos. «Es imposible ganar ese juicio», sentenció el abogado, y agregó que se había comunicado con su colega del cambio La Elegida para tratar de acordar algo, pero que el otro rechazaba cualquier conciliación. Y no solo eso, el abogado de los Fatolucci le había advertido que si yo hacía alguna denuncia, ellos la tomarían como un caso de difamación y me iniciarían un juicio. En fin, paciencia y embromarse, parecía querer decirme mi abogado. Paciencia y embromarse.

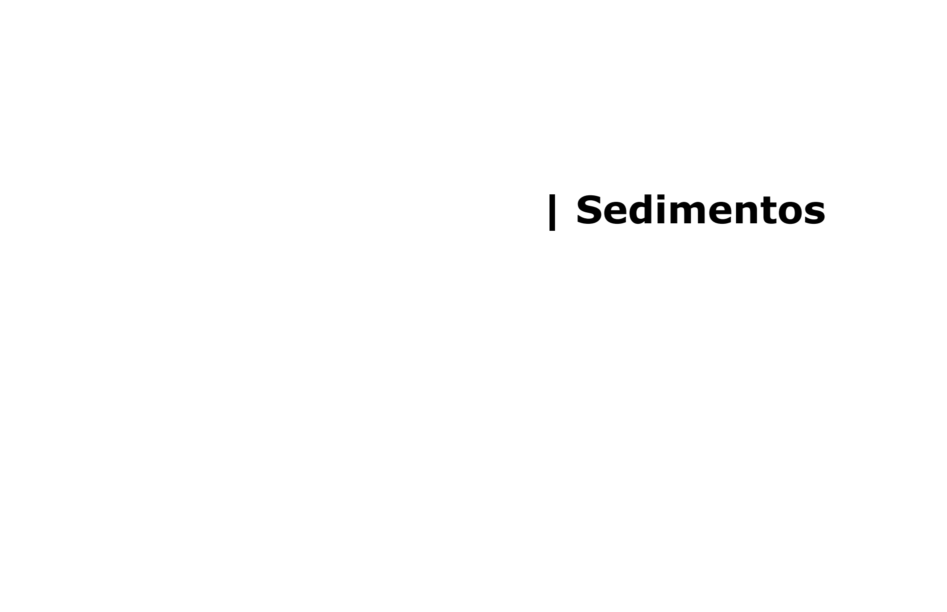
Llegando a este punto, Raymundo se detuvo. Sorbió un trago de grapa y se quedó en silencio mirando al vacío.

Con el Jaspe quedamos esperando que agregara algo, un episodio de venganza o una moraleja que cerrara el relato, pero Raymundo no agregó nada más.

De algún modo, yo había llegado a imaginar que el hecho narrado debía tener alguna consecuencia trascendente. Supuse, pensé, y hasta esperé, un final que hiciera justicia a su evidente indignación, pero ese desenlace no llegó.

El silencio de Raymundo, tanto o más áspero que sus palabras, quedó borboteando en el aire quieto del boliche. Un vapor estival inundó la estancia. De las paredes descascaradas y mohosas se desprendió un hedor de cansancio y derrota.

La noche ya había entrado en la bahía.



| Sedimentos



—¿Cuántas islas caben en una isla? —preguntó el niño a su padre desde la cubierta de la lancha, mientras se acercaban a la playa donde desembarcarían.

—Las que tus pies puedan recorrer —contestó el padre.

El niño miró sus sandalias nuevas. Su padre se las había mandado hacer en una casa de calzados ortopédicos: «Sandalias especiales, para curar el pie plano», le había explicado. Unas sandalias con plantillas anatómicas, punteras y tiras de cuero negro trenzadas, con una tira que pasaba por encima del talón y que se sujetaba en un broche de metal sobre el tobillo externo.

Las sandalias lo habían lastimado. Le apretaban los pulgares por el costado y también el empeine, a lo largo y a lo ancho. Debajo del cuero, el niño sentía las ampollas que se le habían formado en los pies cuando caminaba por las calles adoquinadas de la ciudad de Carmelo, una ciudad portuaria a orillas del Río de la Plata. La había recorrido de la mano de su padre, temprano en la mañana, para arriba y para abajo, mientras hacían tiempo antes de abordar la lancha que los llevaría hasta la isla Martín García.

Sentado en la cubierta de la lancha, mirando hacia la isla, el niño supuso que si en ese momento descendía a tierra, no podría recorrerla completa ni siquiera una sola vez. Sus sandalias no se lo permitirían.

Cuando su padre lo bajó de la lancha y lo depositó en la playa, el hijo le pidió para descalzarse. El padre no puso reparos y él se descalzó. Ni bien comenzó a caminar, percibió que la arena cálida se estremecía bajo sus pasos, con una suavidad algodonada. El niño comenzó a caminar y al rato ya había olvidado el dolor de sus pies.

Andando desde el río hacia la zona central de la isla, tomado de la mano de su padre, pudo adivinar que aquel pedazo de roca que sumaba barro y arena a la piedra no sustentaba una sola isla, sino un conjunto infinito. Era como si las aguas marrones de los ríos que confluían en ella reflejaran, según sus distintos orígenes, diferentes imágenes que se superponían, cada una en un juego de espejos inagotables.

La isla Martín García había sido fortificación, guarnición, lazareto, cárcel, cantera, base naval. «Mucho de todo y poco de nada», comentó el padre a medida que enseñaba a su hijo los distintos edificios que perduraban en pie. Botín de guerra entre imperios y

colonias. Objeto de sucesivos tratados diplomáticos entre las naciones decantadas después de la independencia. «Un sitio estratégico», había dicho el padre.

El niño recorrió la isla.

Durante el viaje, su padre le había explicado que había estado preso en Martín García por motivos que poco importaban, pues él no era ningún delincuente y no había cometido delito alguno. Su padre también le había contado que aquel edificio, ahora una escuela, había sido su prisión durante años.

Ahora, la isla era un destino turístico como cualquier otro. Cada uno de sus usos había ido agregándole capas arquitectónicas que apenas dejaban ver, entre ruinas y edificios reformados, los distintos usos y desgastes con que el tiempo y la infamia de la historia se la habían apropiado y la habían despreciado. Trofeo de guerra y rescoldo de empresas malogradas.

Cualquiera que haya sido niño puede entender con facilidad que una escuela haga las veces de prisión. Más difícil resultará entender que aquella isla, que ahora luce como un parque de diversiones, lleno de albergues y campamentos para grupos escolares, alguna vez había sido destinada para el suplicio de los hombres. De hombres buenos. De hombres como su padre.

Volvió a recorrer la isla.

Intentó apreciar la belleza natural de sus parques. Escuchó desganado la perorata de la guía turística, una mujer con una ronquera dulce, que enseñaba el nombre de los distintos árboles: espinillo, ceibo, laurel... Escuchó el canto de los pájaros que aquella voz ronca confundía sin ningún rubor: torcazas, crespines, pirinchos, carpinteros,

un caburé...

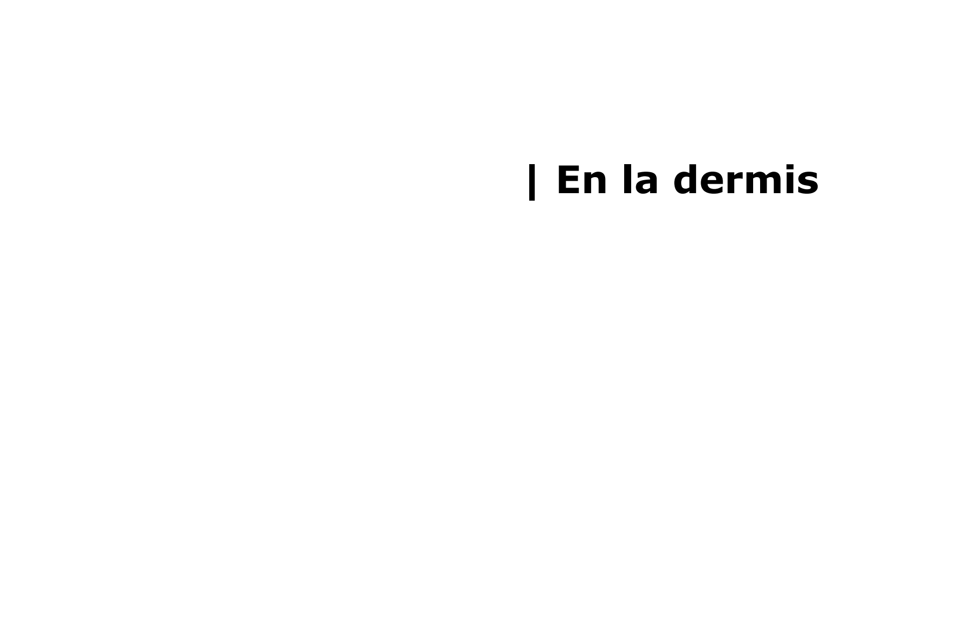
Al final de la tarde se detuvo a merendar en una panadería. Le habían recomendado que probara el pan dulce que allí fabricaban. Aunque en ese momento no tenía apetito, pidió una porción que le sirvieron junto a un café chirle. Desgranó el pan dulce y separó algunos fragmentos de fruta abrillantada que se llevó a la boca con descuido. Sorbió con desganas unos tragos de café. Apartó el plato y el pocillo hacia el centro de la mesa. Retiró la silla hacia atrás y bajó la cabeza para mirar sus zapatos: unos pequeños cuajarones de barro y unos granos de arena insulsa deslucían la tonalidad almendra del cuero curtido y aterciopelado de su calzado.

Habían pasado más de treinta años entre la primera vez que había venido a la isla y esta segunda. Aquellas sandalias ortopédicas ya no existían. Su pie plano nunca se curó. Su padre había muerto hacía más de una década, y él no pudo encontrar en la isla más que una triste mascarada superficial: no pudo recordar ninguna de todas las islas que había recorrido junto a su padre, tomados de la mano, caminando por los pastizales, la arena, el roquedal de antaño.

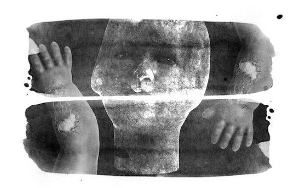
Salió de la panadería y se dirigió al muelle.

Mientras esperaba que el resto de los turistas regresaran a la embarcación para retornar a Buenos Aires, se quedó observando el modo en que las aguas del Paraná, el Uruguay y el Plata bajaban, turbias, lentas, incesantes, y sedimentaban la costa con detritos.

Las ondas del río se acercaban y se alejaban de la isla, trayendo y dejando barro y arenilla. «Geología del recuerdo y del olvido», pensó. «Así crece esta isla. Así hemos crecido».



| En la dermis



Entreabrió la puerta y asomó su cabeza. Preguntó si podía tatuarse en ese momento o si necesitaba sacar hora con antelación.

Le dije que pasara.

Empujó la puerta y, arrastrando una valija de viaje, una de esas que tienen el mango plegable y ruedas en la base, entró de un envión a la tienda.

No era lo que se dice una mujer hermosa, pero hay que reconocer que tenía un encanto peculiar. Un aire de actriz francesa. El pelo oscuro, cortado a la altura de los hombros. Un peinado armado, a la vez que desprendido y revuelto. Tenía los ojos de un marrón brillante y una mirada de profunda desilusión.

Llevaba un pirsin en el extremo de la ceja izquierda: un buen trabajo, pensé, discreto a la vez que llamativo. Una barrita de níquel, cilíndrica, con dos remaches cónicos en los extremos. El metal le surcaba la piel de forma tenue y precisa. Sí, un buen trabajo.

—Quiero tatuarme la espalda —dijo, con voz agitada.

—¿Algún diseño en particular?

—Quiero un texto. Lo traigo aquí. Está escrito en japonés.

La mujer sacó de su cartera un papel plegado. Era una hoja de una libreta de dibujo. Papel amarillo, reciclado. Cinco líneas. Un trazado prolijo y bien definido. Unos treinta o treinta y cinco garabatos.

—¿Podés hacerlo? —preguntó.

—Sí, ¿por qué no voy a poder? Es como tatuar cualquier otro dibujo —le respondí, con cierta frialdad.

—Lo quiero en la espalda —dijo, y repitió la palabra «espalda», como si en vez de referirse a una parte del cuerpo, estuviera aludiendo a una época de su vida, a un recuerdo o a un olvido.

—Si lo hago igual que en el papel, le ocupará una buena superficie.

—No importa.

—Me llevará un par de horas tatuarla. Y le costará ciento cincuenta dólares.

—Está bien.

No sé por qué, pero en el momento hubiera preferido que me dijera que era muy caro o que demoraría más tiempo del que ella disponía, y que no se lo iba a hacer. Había adivinado en el rostro de esa mujer una tristeza rígida. Asocié ese gesto con la imagen de un viejo duraznero que había en el jardín de la casa de mis padres, un árbol siempre a punto de marchitarse. La expresión de la mujer era de un retorcimiento vegetal. Un desgajamiento o algo así. Pero, ¡qué mierda!, aquello era mi trabajo, y si ella estaba dispuesta a pagarlo, yo estaba dispuesto a hacerlo, fuera cual fuese su rostro.

—¿A qué altura de la espalda lo quiere?

—Podés tutearme —dijo.

Recién entonces me di cuenta de que la mujer era mayor de lo que aparentaba cuando entró en la tienda. Debería tener unos treinta años, calculé. No más.

—Está bien —dije—. ¿En qué parte de la espalda te lo tatúo?

—De la columna hacia el hombro, por sobre el omóplato derecho.

—¿De qué color lo querés?

—Negro.

La hice pasar a la trastienda, donde está el box con las máquinas, y le dije que dejara su valija y su cartera al lado de la camilla. Me fui a poner los guantes de látex, a buscar los pigmentos de carbón y una caja de agujas de las más pequeñas, ideales para trazar líneas. Iba a sugerirle que se pusiera uno de los delantales higiénicos que uso cuando tatúo espaldas, pero cuando entré al box ya se había sacado el buzo y la remera. No me dio tiempo a manifestar mi preocupación por el recato, algo que a ella parecía serle ajeno.

—Si querés, podés ponerte un delantal.

—Estoy bien así. Gracias.

Era flaca aunque robusta, no del tipo anoréxico que suelen frecuentarnos. Sus pechos eran pequeños, pero bien delineados. Los pezones oscuros y reconcentrados tenían el mismo brillo que sus ojos. Su piel era de un blanco arenoso. Se había sacado los zapatos y solo llevaba unos pantalones de tela de jean, azules bien oscuros, casi negros.

—¿Me acuesto aquí? —preguntó, mirándome a los ojos y señalando la camilla.

—Sí. Ya estoy contigo —le dije, y fui hacia adelante a buscar una de las puntas redondas que iba a funcionar mejor con las agujas pequeñas.

Cuando volví, la mujer estaba acostada boca abajo en la camilla. Los brazos cruzados delante, la cabeza apoyada de costado en ellos, vuelta hacia mí. Me miraba, pero parecía no verme.

—Te voy a aplicar un poco de crema anestésica.

—Está bien.

—Igual, quizás te duela un poco —dije, sosteniéndole la mirada.

—Está bien, no hay problema.

—Si querés que me detenga, me avisás.

—Está bien —repitió, sin mayor énfasis.

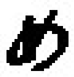
—¿Cómo te llamás? —le pregunté.

—No importa —dijo, y se quedó en silencio.

Conecté el dermógrafo a 9.2 voltios y comencé a pigmentar en su espalda el primer dibujo. La mujer sopló suavemente y dejó escuchar el latiguillo de la lengua cuando sorbió saliva. Miré sus ojos

por ver si había una señal de arrepentimiento, pero ella miraba hacia adelante, con el mentón apoyado sobre las muñecas. En ningún momento manifestó dolor.

Cuando terminé ese primer dibujo, le pedí que mirara en un espejo cómo había quedado.



Ella miró y asintió. Acomodó de nuevo su cabeza sobre los brazos, dándome a entender que siguiera mi trabajo, que lo aprobaba. Continué manipulando la máquina y pigmentando su piel. Continué copiando con exactitud, una a una, las líneas del dibujo. Continué tatuándola.

—¿Qué dice el texto?

—Es un tanka.

—¿Un qué?

—Un poema.

—¿Y qué dice?

—No importa —volvió a responder, cortante, como ausente.

Seguí trabajando sin hablar. Ella se adormeció.

Cuando había pasado más de una hora y yo arremetía el final de la tercera línea, me dijo si podía detenerme un rato. Me detuve. Levantó su cuerpo extendiendo los brazos con las manos apoyadas en la camilla. Le ofrecí un refresco. No lo quiso. Le ofrecí un café. Tampoco quiso. Le volví a ofrecer el espejo para mirarse la espalda. Me miró a los ojos. El mismo brillo de antes, oscuro, reconcentrado, latió en sus pupilas.

—¿Te molesta si me saco los pantalones?

—No es necesario, pero si vas a estar más cómoda, no hay

ningún problema. Estoy acostumbrado —le dije.

La mujer bajó de la camilla. Desabrochó sus pantalones, los bajó y se desnudó por completo.

—Así está mejor —dijo—. Ahora podés seguir.

No comenté nada mientras ella volvía a acostarse boca abajo en la camilla.

Hace años que trabajo en esto. En la tienda, además, hacemos pirsin. Estoy acostumbrado a tatuar mujeres desnudas. Estoy acostumbrado a tatuar y perforar las partes más íntimas de mujeres y hombres, parcial o completamente desnudos. Al principio, a veces, podía excitarme con alguna muchacha, o incluso con algún varón, pero con el tiempo eso decae. Un pecho, una vulva o unos labios vaginales; un escroto, un prepucio o la pelvis: dejan de significar partes del cuerpo de alguien para comportarse como un soporte material donde dibujar con agujas y pigmentos o insertar piezas de metal más o menos refinadas. No hay excitación en ello. No hay seducción. Nada de glam.

Seguí manipulando el dermógrafo. Seguí tatuando su piel. Tinta sobre la dermis.

Seguí, y ya iba por el final de la cuarta línea cuando la mujer comenzó a entrecortar la respiración. Pequeños soplidos. Jadeos.

Me detuve, pero ella me pidió que continuara, que no parara hasta terminar.

Descruzó los brazos y los extendió a lo largo de su cuerpo; apoyó la cara en la camilla mirando hacia la pared lateral; colocó sus manos debajo del vientre.

Me detuve, pero ella me dijo que continuara. «Por favor», me dijo, con una voz donde el placer y el dolor se desdoblaban en un gruñido suplicante.

La obedecí. ¿Qué iba a hacer? No era yo la causa de ese dolor. No era yo la causa de ese placer. No podía ser yo.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

Una lágrima corría por su cara. Seguí hasta terminar el dibujo. Ella también siguió.

El tatuaje estaba completo. Mantenía la sinuosidad del original. Reproducía de manera casi perfecta el grosor de las líneas, la pulcritud de aquellas filigranas orientales.

—Está listo —dije, y tomé el espejo para que mirara.

夢ぢにしご
あしもやに見ず
かよはあも
しごつ夢ひとめ
見しごうと

—Quedó bien —comentó.

—Eso parece.

—Sí, muy bien.

—Me alegro de que te guste. Debes cuidar ahora esa parte de la piel. Podés ponerte algún regenerador, una crema o un gel humectante…

—Lo haré —me interrumpió.

Se levantó. Se vistió. Tomó su cartera y de un bolsillo interior sacó un fajo de billetes. Me pagó con uno de cien y otro de cincuenta. Recogió la valija. Luego salió del box y se dirigió hacia delante. La seguí y abrí la puerta. Cuando iba a salir se detuvo.

—Gracias. Hacía tiempo que no tenía un orgasmo —dijo, y sonrió.

—Y yo hacía tiempo que no me excitaba trabajando.

Volvió a sonreír. Extendió su mano y me la llevó hasta la cara.

Fue una leve caricia. Por un segundo pensé que me iba a besar, pero retiró la mano y salió de la tienda.

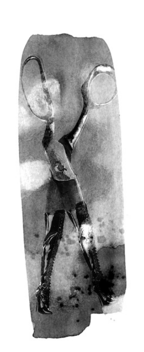
Cerré la puerta y me quedé un rato mirando a través de la vidriera. Luego volví al fondo a poner el box en orden. Ahí me di cuenta de que la mujer había olvidado el papel donde traía el modelo. Lo recogí, lo plegué y lo guardé en mi billetera, junto al dinero que me había pagado.

Sabía que nunca más iba a ver a esa mujer. Sabía que era una mujer de paso. Una mujer que está a punto de iniciar un viaje. Una mujer que está huyendo de algo. Un ser en fuga. Alguien a punto de desaparecer.

Quizás por eso me sedujo.

Quizás por eso quise conservar algo de ella, como si al quedarme con ese trozo de papel pudiera compensar en algo el hecho de que otros ojos, ya no los míos, verían el tatuaje en su piel y que otros labios besarían aquellas sílabas que, en su espalda, yo había grabado para siempre y para nunca.

| Una confesión consignada



Escupe en las yemas de sus dedos y cuenta. Cuenta dinero. Los dedos salivados se adhieren mejor al papel. Rosario va contando y haciendo paquetes de billetes con el prócer mirando siempre para el mismo lado.

Lo del prócer viene de hace años, cuando los billetes tenían la efigie de Artigas. Era un instructivo que nos daba el tesorero, Severo Bentos, cuando entrábamos a trabajar en la empresa: «Al acomodar los billetes, el prócer va siempre mirando para el mismo lado». Así acataba una exigencia del banco. Otra exigencia era empaquetar billetes todos del mismo valor, con números redondos: diez, cien, mil. «Cuando el paquete está completo, lo doblamos con el prócer mirando para adentro. Si no está completo, el prócer queda mirando para afuera. Las instrucciones del banco son sagradas», decía Severo, y en la empresa no había prócer ni empleado que desviara la vista.

El prócer desapareció de los billetes hace años. El dinero de ahora es más ilustrado que valiente: lo imprimen con personajes provenientes del panteón de las artes y las letras. Personajes del ámbito intelectual uruguayo. Más recientes y modernos, unos. Más conocidos y populares, otros. Pero sea quien sea el que esté retratado en el billete, hombre o mujer, masón o cura, poeta o pintor, la instrucción de Severo sigue en pie: debe ir siempre mirando para el mismo lado. «Ese es el modo de preparar los depósitos bancarios», explicaba Bentos, y así salía el dinero para el banco. La empresa cumple.

Ahora Rosario acomoda un montón de billetes de dos mil pesos. Los extiende sobre la mesa y los empareja uno sobre el otro. Les alisa los pliegues. Los aplana. Los prepara para contarlos.

En estos billetes, al frente, el lugar del prócer lo ocupa el retrato de Dámaso Antonio Larrañaga. En la parte posterior del billete figura la reproducción de un grabado que muestra un edificio antiguo: la Biblioteca Nacional, de 1816. El billete, así compuesto, da cuenta del mérito de don Dámaso, fundador de la primera biblioteca pública

de Uruguay.

Quienes acceden a estos billetes no tienen por qué asociar al personaje de adelante, Larrañaga, con el edificio de atrás, la biblioteca; y menos, todavía, con la fundación del edificio. El billete no relata ni explica ese hecho. Es un dato histórico que uno conoce de antes o que, si no lo conoce, lo averigua cuando se topa con uno de estos billetes.

Algo similar sucede con los billetes de diez pesos, que al frente traen la imagen de Acevedo Vásquez y en el dorso la del edificio de la Facultad de Agronomía. Claro que, por tratarse de diez pesos, la gente no anda investigando mucho quién es el señor Vásquez, y ni siquiera procura verificar si fue él u otro el fundador de esa Facultad. Es distinto con los billetes de dos mil: su valor monetario, o su fortuita y extraordinaria posesión, amerita informarse.

Rosario cuenta cinco billetes y hace un paquete con ellos, doblándolos al medio. El paquete está completo. Diez mil pesos. Dámaso Antonio Larrañaga queda mirando para adentro.

Si no fuera porque Larrañaga tiene en estos billetes su imagen, seguramente la mayoría de la gente no sabría, o al menos no recordaría, quién fue el personaje. Es fácil intuir, sí, que se trató de alguien importante, porque hoy día está bien cotizado en la jerarquía dineraria del país. Aunque esto tampoco es algo definitivo ni definitorio: las jerarquías se diluyen con el tiempo y la devaluación de la moneda va dejando a los próceres relegados, sin importar los valores de su épica o los de su lírica. Y ni que hablar que la fundación de un biblioteca puede tener un valor distinto en el presente que en el pasado, y también que el que tendrá en el futuro. Definitivamente, las jerarquías dinerarias, ilustradas o valientes, son relativas, como todo valor de cambio.

Y si no, véase el caso de Joaquín Torres García. Cuando aparecieron los billetes de cinco pesos, el barbado pintor lucía imponente. Además, en la parte trasera, una reproducción de su obra *Pintura constructiva, 1943*, vivamente colorida, le daba al billete un aspecto rutilante, lo que ennoblecía aún más al artista. Duró poco su

gloria. Hoy día, esos billetes están tan gastados que apenas pueden manipularse, pues se deshacen en las manos como un lienzo apolillado. Del constructivismo se pasó al destructivismo. Y no me refiero con esto a un cambio en las tendencias del arte contemporáneo; solo doy cuenta de la acelerada circulación monetaria de esta era. Aunque, pensándolo bien, quizás ambos fenómenos están relacionados. Vaya uno a saber.

Rosario vuelve a escupir sus dedos y vuelve a contar. Junta ahora otros cinco billetes. Diez mil pesos más. Va colocando los paquetes uno encima del otro, hasta llegar a cien mil pesos. Entonces, toma una banda elástica y ata los diez paquetes haciendo un fajo. La banda va primero en un sentido y luego en el otro. Los movimientos son rápidos y graciosos. Dos o tres vueltas, y ahí queda el montón, pronto para llevar al banco.

Con los billetes de dos mil, al igual que con los de veinte y doscientos, tenemos problemas. No es que nos disgusten el cura Dámaso Antonio, el escritor Zorrilla de San Martín o el pintor Figari: los próceres respectivos a esos valores. El problema con estos billetes es que los criterios bancarios para su ordenamiento contable no son unívocos. De hecho, hay dos normativas en disputa. Ambas sostienen el criterio de la cifra redonda, decimal; pero mientras una lo aplica al valor de los paquetes, que deben ser de cien pesos, mil pesos y diez mil pesos respectivamente, la otra lo aplica a la cantidad de billetes por paquete: diez billetes, siempre.

En el primer caso, con cinco billetes el paquete está pronto y el prócer puede quedar mirando para adentro. En el segundo, en cambio, el prócer puede adoptar esa actitud introspectiva recién cuando se juntan diez billetes de veinte, diez de doscientos o diez de dos mil. Los paquetes quedan de doscientos, dos mil y veinte mil pesos, lo cual genera dificultades para el conteo general, previo a realizar los depósitos bancarios.

El tesorero Bentos, que dejó la empresa cuando recién habían aparecido los billetes de veinte pesos, no se adaptaba a esta duplicidad de criterios. Él imponía que se cerraran los paquetes con cinco billetes. No obstante, cuando mandaban dinero del banco para la

empresa, los billetes venían en paquetes de diez. Esto, en cierto modo, lo desautorizaba. Bentos refunfuñaba. Cuando contaba el dinero que mandaban del banco, rearmaba los paquetes de veinte dividiéndolos en dos y dejándolos de cien pesos cada uno. Cuando tenía diez paquetes, armaba los fajos de mil; los ataba con una banda elástica y los acomodaba en la caja fuerte. De un solo montón, que venía del banco, Bentos hacía dos. Así siempre.

Nosotros seguimos su criterio luego de que él se fue de la empresa. Lo aplicamos a los billetes de doscientos primero, y de dos mil después, a medida que fueron entrando en circulación.

Al principio, para provocar a Bentos, Rosario juntaba diez billetes para hacer los paquetes de veinte pesos. Bentos no le decía nada, pues como no estaba amparado por la autoridad superior bancaria, no se atrevía a reprender a su subordinada. Sin chistar, procedía a desarmar los paquetes que Rosario le entregaba, los dividía en dos y seguía con su trabajo. Luego, ante la indiferencia del viejo, Rosario dejó de provocarlo y se atuvo estrictamente a la regla de cinco billetes por paquete.

Con los billetes de cinco, cincuenta y quinientos pesos no tenemos ese problema. No me pregunten por qué, pero un consenso tácito ha establecido que se formen los paquetes con veinte billetes cada uno, redondeando cien, mil y diez mil pesos respectivamente. Nadie lo discute y así se hace.

Rosario vuelve a escupir en sus dedos y vuelve a contar. Todo el día es así: billetes, paquetes, fajos; billetes, paquetes, fajos... Es su trabajo. Y también el mío.

Debo reconocer que nosotros nunca llegamos a tener la ligereza de Severo Bentos. Sus dedos índice, mayor y pulgar vibraban al contar los billetes. Casi no los tocaba, el viejo. Diez mil, veinte mil, cien mil pesos: en minutos, contaba Severo grandes cantidades. Me gustaba observar atentamente el veloz conjunto que formaban sus dedos y los billetes en movimiento. Al rato, podía ver, como si se tratara de uno de esos antiguos juguetes de ilusiones ópticas, la aparición de un gesto anómalo en el rostro del prócer. Cuando Severo manipulaba los

billetes, en esa sucesión casi frenética de rostros, números, filigranas y marcas de agua, se podía adivinar una sonrisa extraña en el rostro de los próceres, una mueca ajena a la estirpe ilustrada que los había encumbrado en el papel moneda de la patria.

Comparados con el viejo Bentos, nosotros, puestos a contar billetes, era como si arrastráramos los dedos por sobre la suciedad inherente al papel moneda. Parecía que nuestras manos tuviesen una depravada intención de sobar las mejillas de los ilustres antepasados de la patria. Después de mucho contar, en nuestro caso, cualquiera podría percibir el gesto de desaprobación del prócer. Ni que hablar cuando es Rosario la que cuenta, quien además de sobar los billetes parece vilipendiarlos con sus pequeñas escupidas, rítmicamente lanzadas sobre las yemas de sus dedos.

Rosario trabaja sentada frente a mí. Hablamos poco. En realidad, casi no hablamos, salvo para coordinar tareas, las cuales no varían mucho en nuestra rutinaria labor: Rosario y yo, como ya expliqué, contamos dinero.

Hace años que trabajamos juntos en la misma mesa: un amplio mueble de roble, adaptado a las funciones de tesorería mediante la instalación de cajoneras y tabiques de madera para acomodar billetes y documentos. Trabajar en completo mutismo es una costumbre que también heredamos de la época de Bentos. Cuando este se fue, no sé si por comodidad o porque entre nosotros no había ningún vínculo más allá del laboral, continuamos con esa silenciosa costumbre, apenas distraída por el chasquido que hacen la lengua y los labios de Rosario cuando saliva sus dedos para contar el dinero.

Un día, cuando ya Bentos se había jubilado y yo quedé como tesorero de la empresa, ella me hizo una confesión.

Estábamos contando una partida grande de billetes de mil pesos, a los que vulgarmente los más jóvenes les dicen «juanas», justamente, porque están ilustrados con la efigie de la poeta Juana de Ibarbourou.

Ya hacía rato que veníamos contando, empaquetando y atando fajos de diez mil pesos, cuando noté que ella se había detenido. Me percaté de su detención, porque durante un lapso no escuché ningún sonido. Un silencio completo, saturado, se esparcía por la oficina como

una niebla ominosa.

Levanté la cabeza y la miré. Nunca la había mirado como esa vez. Quizás, en verdad, nunca la había mirado.

Su rostro me resultó de una belleza melancólica singular. Estaba peinada con raya a la derecha. El cerquillo castaño, volcado hacia atrás, confluía en un moño con el resto de sus cabellos que ella recogía a la altura de la nuca. La frente le quedaba despejada. Las cejas arqueadas y bien delineadas le daban a su rostro, blanquecino y brillante, un redondeado aire lunar. Los labios pequeños, contraídos en un rictus de inquietud, sublimaban su momentánea distracción. Los ojos abovedados, sin pestañear, rasgados como la nervadura de una hoja de hiedra, se habían fijado en un sitio invisible, más allá del roble de la mesa y de las paredes de la oficina. Sus pupilas parecían querer decirme algo.

Me quedé mirándola en silencio, como si fuera una mujer desconocida. Así estuvimos por unos segundos. No sé cuánto tiempo. Ella miraba al vacío. Yo la miraba a ella. Parecíamos perdidos, como si nos hubiésemos detenido en un sueño hipnótico o en una vigilia de bronce.

De pronto, ella levantó sus ojos y me miró. Yo hubiese querido bajar la vista. Mirar hacia otro lado, desentenderme. Pero no pude. Nos quedamos frente a frente, los ojos clavados en los ojos, las pupilas fijas en las pupilas.

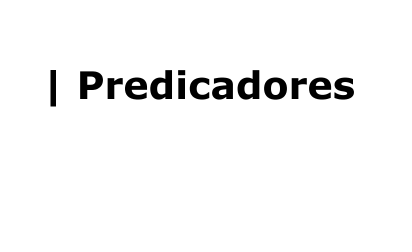
Entonces, ella habló.

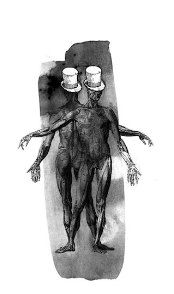
Confesó una pasión juvenil, salvaje, que años atrás la había enfrentado con su padre en un duelo de mandatos y desobediencias. Confesó su sexo desbordado e histérico, y el desahogo anónimo que practicaba con extraños en rincones oscuros, húmedos y malolientes. Confesó la pasión delirante de su deseo carnal. Me habló de apetencias escandalosas, vicios, bajezas, pero también me habló de gozos, dulzuras, arrebatos divinos. Habló y habló, y sus palabras fueron como un gemido afiebrado. Luego, como extenuada, bajo la vista y volvió a su mutismo de siempre.

Continuamos con nuestra tarea: contar billetes.

Continuamos en silencio, como si nada hubiera sido dicho. Mil, dos mil, tres mil... Rosario escupe la yema de sus dedos y las gotitas

de saliva brillan en el aire como diamantes efímeros.


| Predicadores



Andan de a dos. En pareja. Caminando o en bicicleta. Los predicadores.

Se nota que no son del barrio. No visten de ocasión. Los veo a una cuadra de aquí. Entran casa por casa y ofrecen sus folletos evangélicos. La gente no los recibe. Les cierran las puertas. Los corren. La gente se los saca de arriba como si espantaran moscas. Y ellos van husmeando los posibles adeptos. Como si el olor proviniera de las casas y no de la cañada. Van husmeando a aquellos que, en este páramo de discordia, aún tienen alguna chance de ganar la beatitud celestial.

Avanzan buscando la sombra, escabulléndose del reverbero hediondo de la calle. Los predicadores.

Vienen para acá.

¡Qué domingo! El sol cae a pique en el asfalto. El calor evapora el agua estancada en los bordes de la cañada. El olor caluroso y fétido se pega al cuerpo. No paro de sudar. Lo que pienso también parece sudor. Sudo pensamientos. Pensamientos viejos. Los exudo, y estoy pegajoso.

La ropa de fibras sintéticas desprende un cosquilleo inquietante y molesto, como si un puñado de moscas anduviera revoloteándome debajo de la piel. Otra vez pienso en las moscas. Las moscas.

Desabrocho los botones de la camisa. Estiro y abro las piernas con la esperanza de que una brisa de aire me refresque el escroto. Es inútil. El domingo, el verano, un fiasco.

Debería cortar el pasto de la entrada a la casa. Debería. Está alto. Está desprolijo.

Ahí se van acercando. Vienen para acá. Los predicadores.

En el barrio, la gente que se anima a salir de las casas camina apresurada. Huyen del calor. La mayoría, en verdad, prefiere no salir a la calle. Quedarse haciendo nada, sentados en el patio de las casas, debajo de los aleros y las parras: eso prefieren, nada. Aplacar el calor con algún brebaje frío y con abanicos destartalados. Escuchar aparatos de radio que sintonizan mal una música que apenas tapa el ruido de los motores que rondan la avenida Norte. Aplacarse a la sombra. Ensombrecerse. Exudar pensamientos en sombra.

En el arroyo, años atrás, en días como hoy pescábamos mojarras y nos dábamos un chapuzón. Ahora se ha convertido en esta cañada inmunda, anegada de basura. Cuando se instaló la fábrica, allá por los cincuenta, quienes trabajábamos nos construimos nuestras casas de este lado del arroyo. Cuando el arroyo era arroyo, sí. Esto era un paraje agradable, casi campestre. Los desperdicios que la fábrica fue volcando hicieron su escarnio. El arroyo pasó a ser una cañada, y la cañada, poco a poco, se convirtió en una capa aceitosa y pestilente que se ensaña con nuestras narices y con la ropa que colgamos a secar en las azoteas. Todo hiede igual: hasta los pensamientos huelen a charco.

Ya van llegando. Los predicadores.

Y, sin embargo, no fue la fábrica la que nos pudrió la vida. ¡Qué va! El barrio se ha descompuesto desde que abrieron el supermercado. Ese engendro mastodóntico. El «súper» mercado. Lo instalaron donde antes estaba la fábrica. En la otra orilla.

Primero fue su construcción: esos grandes galpones que parecen una hilera de peces muertos flotando panza arriba. La obra atrajo a familias que hicieron sus ranchos con material de descarte. Cuatro paredes, un techo y una plataforma de hormigón donde

depositar los cuerpos tras las extenuantes jornadas de trabajo. En eso se parecían a nosotros. A cuando nosotros entramos a trabajar en la fábrica. A cuando nos instalamos acá.

Los obreros de la construcción vinieron con sus familias. Gente de bien, por cierto. Laburantes. Aprovecharon los baldíos de por aquí para instalarse. No lo planearon, pero hicieron crecer el barrio. Lo extendieron alrededor de la circunvalación que hace la cañada bajando desde la avenida. Allá abajo, sí. Trabajaban a doble jornada: una levantando el engendro y otra levantando sus propias casas. Las mujeres y otros parientes ayudaban. Los domingos hacían asado. En poco tiempo, los ranchos se fueron convirtiendo en hogares. Casitas hechas sin lujo, pero con decoro. Y aunque estos obreros no fueran como éramos nosotros, con ellos no hubo problemas. El barrio siguió siendo una población silenciosa y tranquila, como las sombras de los sauces.

Pero eso duró poco. Duró hasta que abrió el supermercado. Poco más. Detrás de los obreros vinieron los otros: pichis, lúmpenes. El malandraje. Aprovechadores del desperdicio. Desperdiciados también ellos en la marisma de basura en que se revuelven como roedores de la desilusión. Llegaron cuando ya no había espacio y se instalaron sobre la orilla de la cañada. También hicieron sus ranchos. ¡Qué digo! Ni ranchos estos. Casuchas, apenas. Resumideros. No construyeron nada. Se dedicaron a traer la basura de toda la ciudad y volcarla a nuestras espaldas. Levantaron paredes de basura. Agotaron el espacio. Depredaron y procrearon la depredación. Sus hijos son los que hoy están al alpiste para robarte cualquier cosa que descuides. Y también las que cuides.

Ahí vienen. Ya casi llegan. Siempre andan de a dos.

Duró poco, sí, el barrio. Ahora es como un buque descascarado y mustio, fondeado en este puerto de miseria. ¡Qué naufragio! El arroyo. La cañada. Una zona sucia y ruidosa. La prepotencia. Y encima el tránsito que trajo el engendro, abierto desde la madrugada hasta la noche. Un ruido ahumado de motores y de bocinas. Ese olor, tanto o más pestilente que el que desprende la cañada. Tanto o más pegajoso que este calor de perros somnolientos, frutas resinosas, insectos

zumbadores. Las moscas.

La pareja de predicadores se acerca. Levanto el volumen de la radio. Ya están a una casa de aquí. Los voy a recibir, porque no soy una persona descortés. Los voy a hacer pasar, porque hace demasiado calor para intentar siquiera moverme de aquí. Podría irme para adentro. Podría. Pero los recibo. Que pasen. Que entren. Que dejen su buena nueva. Su evangelio.

Los recibo, pero no los escucho. Mientras hablan, tapo sus voces con la música de la radio. Algo dicen. No sé. Niego o asiento según me parezca que lo que dicen es comprometedor o cándido. No dicen mucho y se van. Me dejan sus folletos y libelos, y se van. Así es siempre. Vienen y se van.

Hoy me han dejado un folleto desplegable, a todo color. Anuncian las ofertas para el día de Reyes. Mientras miro qué hay de nuevo voy pensando en que debería cortar el pasto de la entrada a la casa. Me da pereza.

| La ceremonia



El dolor no nos sigue: camina adelante.

Antonio Porchia

Le gustaban las historias de emigrantes. Esas historias donde ocurren pequeñas casualidades que definen grandes destinos: un encuentro aquí, un desencuentro allá. Por ejemplo, esa mujer, su abuela, procedente de Riazán, que tras un largo viaje, perdida y desfalleciendo por estas tierras del sur, reconoce en un puerto del río Negro a una antigua vecina de su ciudad natal, gracias al tipo de bordado de su pañuelo. La antigua vecina le da hospedaje y ella se radica aquí, en este territorio, donde vivirá hasta el final de su vida.

Sí, le gustaban esas historias donde casualidades pequeñas, ínfimas, salvaban a los protagonistas en una situación acuciante y les definían un destino o les regalaban una vida nueva. Él pensaba que ese recurso narrativo, el de las casualidades, a menudo utilizado como fórceps para resolver el entramado de una ficción, solo era válido para las historias de emigrantes. Historias contadas como testimonios biográficos, donde el protagonista es el narrador y su viva voz es una prueba inmediata de la verdad del relato: «Gracias a esa casualidad, aquí estoy», podrían concluir esos relatos, al modo feliz en que terminan muchas historias.

Le gustaban esas historias, sí. Aunque la suya no fuera de esas; aunque la suya nunca sería de esas.

Nikolái había nacido en el pueblo de San Javier. Era uno de los tantos descendientes de inmigrantes rusos que fundaron esa pequeña colonia a orillas del río Negro. De ellos había heredado el pelo rubio enmarañado, los ojos brumosos, el idioma de Chejov, algunos conocimientos de agricultura, dos o tres secretos de la cocina tradicional, el gusto por elaborar el kuaz y un samovar de latón que en alguna época, ahora remota, había sido utilizado para servir el té y para mantener caliente la cocina de la casa durante las noches de

invierno.

Vivía en los ejidos de la colonia San Javier y trabajaba una huerta de su propiedad, en una pequeña parcela de tierra. También tenía algunas vacas, de las cuales sacaba, además de la leche, una exquisita ricota que su mujer vendía en el pueblo puerta a puerta. Con eso y poco más, él y su familia se las arreglaban. La vida era dura, pero Nikolái no se quejaba.

Lo peor que podía sucederle era enfermarse; y eso fue lo que le sucedió a inicios de abril, cuando terminaba el verano y comenzaban los fríos. Al principio fue un dolor tenue, ubicado abajo del costillar. Días después pasó a ser una puntada importante que no le permitía enderezar la espalda. Se quejaba como si tuviera clavada una estaca a la altura del riñón. A instancias de su mujer, y cuando el dolor ya lo desbordaba, resolvió ir a ver al médico.

El sábado por la mañana, Nikolái fue hasta la colonia para visitar al doctor, otro descendiente de inmigrantes rusos, que era amigo de él desde las épocas de la escuela y que tenía su consultorio cerca de la plaza céntrica del poblado.

Tras auscultarlo detenidamente, el médico le indicó reposo. Le explicó que el suyo podía ser un simple dolor lumbar, resultado del trabajo en la quinta, o, en el peor de los casos, algún cálculo en los riñones, lo cual no descartaba de momento. Había que esperar unos días para ver cómo evolucionaba.

Le recetó unos analgésicos potentes y le aconsejó que, por prevención, tomara té de quebra pedra, tres o cuatro tazas por día. Más adelante, si el dolor persistía, le mandaría hacer unos análisis al sanatorio de la capital.

Cuando terminó la consulta, Nikolái, bajando la voz, temeroso de que alguien lo escuchara, le dijo al médico que los militares del batallón habían estado de nuevo merodeando por las afueras del pueblo vestidos de civil. Él los reconocía a la vista, poco discretos, inconfundibles. «Algo están preparando», dijo.

El médico, bromeando, le respondió que cuándo habían dejado de merodear; y esbozó una sonrisa, como si a esas alturas él ya estuviera a salvo, inmune para siempre, ante esa forma difusa de un terror que parecía atravesar continentes y siglos. El mismo terror que había perseguido a sus antepasados en la lejana Rusia. El mismo terror que los había conducido hasta allí, hasta ese poblado con calles

de tierra, que extendía las casas a lo largo de unas doce cuadras frente al río. Un pueblito donde solo se destacaban las iglesias y el cine entre las filas de casas, alineadas y parejas. Un pueblo donde resultaba inoportuno el declive de los techos, que respondía a una forma tradicional de prevenir las nevadas, algo que en el clima de esta parte del mundo solo podía ser una amenaza para la castigada imaginación de los emigrantes recién llegados.

Nikolái, que pensó que con advertir al médico ya había sido suficiente, asintió a su comentario sin aprobarlo: prefería no bromear con esas cosas. Cuando ya se levantaba para irse, invitó al médico, si quería y si podía, para que fuera de tarde a su casa a jugar a la conga. El médico se excusó. Le dijo que estaba un poco cansado y que últimamente, con el bebé en la casa, las ocupaciones habían aumentado, así que no tendría tiempo para irse de barajas por ahí. Nikolái aprovechó el comentario y le preguntó cómo estaban su mujer y su bebé. «Están muy bien», respondió el médico, y volvió a sonreír. Esta vez, a diferencia de la anterior, se sonrió de veras.

Ya en el zaguán del consultorio, la puerta de calle abierta, el médico asomó la cabeza, miró hacia fuera e hizo un rastreo de la cuadra. Nikolái adivinó, en la mirada alerta del médico, que aquellos ojos también tenían miedo. Más allá de las palabras seguras y de la risa confiada que había esbozado antes, el temor vibraba en su mirada como un hilo tenso rasgado por el viento. Nikolái conocía ese miedo. Todo el pueblo lo conocía.

Cuando se despedían, el médico, palmeándole el hombro a Nikolái, le sugirió que pasara por lo de la tía Lyuba para que ella le explicara cómo preparar el té de *quebra pedra*. Le dijo que ella podía suministrarle esos yuyos y hasta quizás lo convidaba con una taza de té caliente, porque seguro tendría el samovar encendido: «Ha de ser la única mujer en el pueblo que aún conserva un samovar», dijo el médico, entre sarcástico y orgulloso de ella.

A Nikolái le hubiera gustado responderle que él también tenía un samovar, y que si bien no lo usaba como Lyuba, lo conservaba en un baúl donde guardaba los recuerdos de sus ancestros. Le hubiera gustado decir que estaba seguro de poder hacer funcionar aquel viejo samovar de latón. Eso pensó, pero nada dijo, pues no quería quedar como presuntuoso ante el médico.

Tras ir por lo de Lyuba para recoger los yuyos, Nikolái volvió para su casa. El resto del sábado lo pasó acostado. Durmió, leyó, escuchó música en la radio. Guardó reposo. El dolor persistía, pero

haber visitado al médico le había dado confianza.

El domingo se levantó temprano. Anduvo inquieto, dando vueltas por la casa sin hacer nada preciso. A media tarde, aunque no estaba repuesto del todo, se propuso poner en funcionamiento el samovar para preparar su té de quebra pedra. La mujer intentó disuadirlo, pero él se empecinó. Sacó el samovar del baúl, lo limpió con esmero, le dio lustre con un paño, lo revisó pieza por pieza, comprobó que estuviera en buenas condiciones. Luego le pidió a su mujer que le trajera un poco de leña cortada en pedazos pequeños. Con esfuerzo, ya avanzada la tarde, logró encender el fuego en el hornillo del samovar.

Esa noche, Nikolái, su mujer y sus dos hijos, en la cocina de la casa, sin proponérselo, asistieron a un viejo ritual. La familia se había sentado alrededor de la mesa de madera, que estaba cubierta por un mantel blanco bordado. Colocado en el centro de la mesa, el samovar espejaba en su cuerpo bruñido una ceremonia sagrada. Una ceremonia que, de algún modo, en la oscuridad de la noche y en el secreto del hogar, le daba continuidad a una solidaridad ancestral, la cual, a través de los destellos del samovar, parecía redimir el sufrimiento incomprensible de una estirpe.

El aire de la cocina se fue calentando con la gentil aspereza de aquella liturgia familiar. Los niños cenaron y se fueron a acostar. Luego de tomarse su té de *quebra pedra*, Nikolái destapó una botella de *kuaz* y sirvió un poco en un vaso de cerámica. Su mujer, mientras tanto, tostó unas semillas de girasol para acompañar el trago. Los esposos se quedaron solos en la cocina. Estaban en silencio, como si temieran romper con sus voces ese manto de recogimiento que el calor del samovar había extendido contra el frío de la noche. Cuando el fuego del hornillo comenzaba a apagarse, ellos también se fueron a acostar.

A la mañana siguiente, Nikolái no fue a trabajar a la huerta. Se sentía mucho mejor. El dolor había cedido casi por completo, pero no quiso arriesgarse a una recaída. Se quedó en su casa dando vueltas sin saber qué hacer. Su mujer estaba en la cocina y sus hijos hacían la tarea domiciliaria para llevar a la escuela. Lo veían ir y venir del dormitorio a la cocina, de la cocina al galpón del fondo, del galpón al comedor.

Nikolái no estaba acostumbrado a ese vagabundeo ocioso. Necesitaba algo para hacer. Cuando finalmente se decidió a preparar unas semillas de calabaza que quería cultivar en la próxima

temporada, en el momento que se disponía a eso, un vecino tocó a la puerta con golpes fuertes y llamándolo a gritos.

Nikolái le abrió y le dijo que pasara, pero el hombre no quiso entrar. Estaba muy nervioso. A media voz, pero lo suficientemente alto como para que lo escucharan quienes estaban en la casa, le avisó que la noche anterior los militares habían hecho una redada en el pueblo. Se habían llevado a varios hombres. Entre ellos, al médico. Pero eso no era lo peor. En la mañana, hacía apenas un rato, le habían comunicado a la esposa del médico que este se había muerto de un infarto. Se murió en el cuartel, adonde habían llevado a los hombres. Toda la gente del pueblo estaba asustada y conmovida, pero nadie sabía qué hacer.

«Asesinos», dijo Nikolái.

«Asesinos», lo escucharon decir su mujer y sus hijos. El vecino se dio la vuelta y se fue antes de oír más nada.

Nikolái cerró la puerta y, tambaleándose, se dirigió hacia la cocina. La mujer y sus hijos lo miraban. Le temblaban los brazos y las manos. Entonces, en un arrebato, que podía ser tanto de dolor como de ira, Nikolái fue hasta la mesa de la cocina, tomó el samovar, salió con él hasta el fondo de la casa donde estaba el leñero y con un hacha lo golpeó una, dos, diez veces, hasta destrozarlo.

Cuando el samovar no era más que un bagazo inútil, Nikolái se detuvo. Alzó su rostro al cielo y respiró hondo. Desde la ventana pequeña que daba al fondo de la casa, los niños pudieron ver cómo corrían las lágrimas por las hendiduras del rostro de su padre.

| Gravitación de los muelles



Para S. V.

que me hizo contar este «corto».

No lo habíamos pasado bien en la fiesta. Ella porque sufría una jaqueca impertinente. Yo porque no pude beber como me hubiera gustado, dado que luego debía subirme al auto y manejar.

La llevé hasta el frente de su edificio de apartamentos. Antes de que se bajara del auto hice un último intento para seducirla, con el objetivo de que me invitara a acostarme con ella. Comencé a besarla por detrás de su oreja, a la vez que la empujaba por el hombro hacia mí. Me topé con una resistencia acrílica, una rigidez sintética, una ascética impermeabilidad. «Mejor lo dejamos para otro día», dijo, con una mueca de sensatez irreprochable.

Antes de bajarse del auto, Lucía me dio un beso largo, compensatorio, que me dejó impregnado su perfume de noche entristecida. «Innecesario», pensé, mientras esperaba que entrara en el edificio. Desde el vestíbulo, a resguardo, me saludó con la mano. Le devolví el saludo con parquedad y me fui.

Tomé hacia la rambla por una calle adoquinada. En la rambla desvié hacia el este para volver a casa. Me sentía molesto conmigo mismo. En los últimos tiempos la relación con Lucía no iba bien. No coincidimos: cuando ella puede, yo no quiero; cuando ella quiere, yo no puedo. Y así vamos, a los tumbos, ladeándonos entre una convención desapasionada y una pasión inconveniente.

Desde que ingresó como asistente en el Laboratorio de Física y se ha reconcentrado en sus estudios e investigaciones, esta oscilación en nuestro vínculo es mayor. Lo entiendo y lo acepto, pero me da rabia cuando intenta consolarme explicando nuestros sentimientos con metáforas científicas, y me lanza, así como así, frases que mezclan la azarosa vicisitud del deseo con la férrea necesidad de la materia. «La fuerza gravitatoria entre dos cuerpos aumenta cuando disminuye la

distancia entre ellos», me dice, cuando solo estamos considerando la posibilidad de citarnos en un boliche o la de ir juntos al cine. Como vamos, no creo que lo nuestro dure mucho más. Por algo me alejé de la física. En el liceo nomás.

Fue andar diez cuadras por la rambla cuando me detuvieron los inspectores de tránsito. Me pidieron la libreta de conducir y la libreta de propiedad del auto. Luego me hicieron una espirometría para medir el grado de alcoholemia que pudiera tener. «Cero con dos», dijo el inspector. «Nada», mascullé yo. El inspector me devolvió los documentos. «Todo está en orden», dijo, movió el brazo con una linterna y me alentó a irme por la dirección en que venía. Puse el auto en marcha y me fui. «Todo está en orden», pensé de mala gana.

Una vez pasado ese retén de inspección supuse que ya no me encontraría ningún otro hasta llegar a casa.

Ya era casi de madrugada, la noche comenzaba a clarear. Entré en una estación de nafta para cargar combustible. Cuando salía de la estación, dispuesto a tomar la rambla y continuar mi camino, detuve el auto. Con un movimiento violento, puse marcha atrás y conduje en retroceso hasta unos pajonales que, sobre el costado de la estación, en un espacio de parquin, dan hacia un muelle de hormigón que entra al mar. Estacioné y bajé del auto para ir a comprar una petaca de güisqui. ¡Qué diablos!, me merecía un trago.

Fui caminando hacia el minimercado que hay en la estación. Miré hacia el muelle y, con las primeras luces del día, pude adivinar en el extremo rocoso, sobre el trasfondo grisáceo del agua, la silueta de una pareja que se besaba con pasión. Me llamó la atención una cierta asimetría entre el arrebato que ponía el muchacho en aquella escena amorosa frente a una suerte de aceptación pasiva, casi una negación, manifestada por la muchacha. Me entretuve unos segundos mirándolos. «Debo estar sugestionado» pensé, y seguí caminando hasta entrar en el minimercado.

La puerta automática se abrió en cuanto me acerqué. Entré y recorrí las góndolas. Elegí una petaca de güisqui escocés y fui al mostrador a pagarla. El hombre que estaba en la caja miró la hora antes de registrar mi compra. «No se pueden vender bebidas alcohólicas entre las doce y las cinco», dijo, mientras pasaba el lector óptico por la etiqueta de la petaca. «Ya son más de las cinco» agregó, sin que yo hiciera ningún comentario. Le entregué un billete de doscientos pesos, me devolvió el cambio y salí afuera.

Estaba ansioso. Desenrosqué la tapa metálica de la botella antes de abandonar la plataforma donde están los surtidores de combustible. Abrí la petaca y allí mismo tomé el primer trago. Sentí en la garganta esa calidez amarga del güisqui. Y tal como hace Jack Nicholson en la película Busco mi destino, doblé el brazo derecho poniendo el puño a la altura de mi hombro, trazando un ángulo recto entre el antebrazo y el costillar; golpeé un par de veces con el brazo doblado sobre el costado del tórax y emití dos veces ese grito apagado, un *ñhññhiá*, *ñhññhiá*, que de algún modo imitaba el raspón del güisqui pasando por mi garganta hacia el estómago. No hacía mucho que, con Lucía, habíamos vuelto a ver esa película. Qué película, y qué destino… Fiiiiiú.

Cerré la petaca y seguí caminando. Me dirigí hacia el auto y, tras abrir la puerta, ya a punto de entrar, volví la vista hacia el muelle, para ver en qué seguía la parejita de hacía un rato.

Desde donde estaba, a pesar de la distancia, pude ver claramente que el muchacho le daba un golpe a la chica. Fue un puñetazo violento. El golpe la derribó hacia un costado. La chica quedó tirada en el borde del muelle cuando el muchacho se puso en pie y, como si todo estuviera dispuesto de antemano, tomó una piedra del piso y arremetió a golpes contra ella. Una violencia fulminante y despiadada.

Me salió un grito ronco y me lancé corriendo hacia el muelle. Mientras iba en carrera pude ver cómo el muchacho pateaba a la chica, la empujaba hacia el agua y la hacía desaparecer. Corrí lo más rápido que pude. El muelle debería medir unos cien metros o algo más. Iba en carrera hacia el extremo del muelle cuando el joven se dio vuelta y vio que yo me abalanzaba. Primero hizo un gesto con sus manos como tratando de detenerme: «No pasa nada», gritó. Dos veces gritó: «No pasa nada». Yo avanzaba hacia él, hacia el final del muelle, hacia el agua. «No es lo que te pensás», gritó, y agitó las manos para intentar detenerme. Yo seguía corriendo.

Fue todo muy rápido. Cuando me faltaban unos veinte metros para llegar a donde él estaba, se lanzó a correr hacia mí. Pensé que chocaríamos, pero él me esquivó con destreza y siguió corriendo hacia la rambla. Me detuve. Vacilé. No decidía si darme vuelta, si lanzarle la petaca de güisqui, si seguirlo a él o si ir a rescatar a la chica. Fue todo muy rápido, sí. Debí haber pensado que lo más importante era ayudar a la chica, que no fuera a ahogarse, si es que aún estaba viva. Y entonces seguí corriendo el tramo que me quedaba para llegar al borde

del agua.

Llegué al extremo del muelle. Me disponía a tirarme al mar cuando miré hacia abajo.

Desde el horizonte, por el este, una navaja de sol hendía agua y cielo. La incandescencia espectral de la mañana iluminó el rostro blanquecino de la chica. Flotaba boca arriba. La ropa desprendida. El cuerpo ceroso. Un tajo atravesaba su frente desde la ceja hasta la oreja. Los ojos inmóviles. El pelo esparcido en el vaivén del agua. La nariz fruncida. Una sonrisa amañada. El maniquí parecía un cadáver perfecto.

Me incliné de rodillas. Quedé mirando aquella muñeca torpemente desaliñada y menoscabada por la violencia de los golpes. Luego me recosté en el hormigón del muelle. Por suerte no había arrojado la petaca. La destapé y empiné un trago de güisqui.

Pensé en Lucía. Pensé en lo que le contaría al día siguiente. Pensé en lo que podría llegar a responderme luego de mi relato: «Cualquier sistema que vibra sufre un intercambio continuo de energía entre sus formas cinética y potencial». Tomé otro trago. Me reí como un idiota. Me reí. Y era como una masa vibrante tendida sobre el muelle.

| De la falsedad en las regla



Para A. L.

que me regaló esta historia.

Nada supo de la regla hasta que le vino. Nadie le había avisado. Y cuando le vino, su madre le dijo que se pusiera unos paños. «Para que no salga la sangre», le dijo. Y le explicó que cuando una mujer está gordita, empieza a sangrar «por ahí».

Leonora se miró la panza. Gordita estaba, aunque no mucho. Y era entre las piernas, por donde siempre le salía el pichí, «por ahí», justamente, por donde en ese momento sangraba.

«A partir de ahora tenés que cuidarte», le dijo su madre, regañándola más que aconsejándola.

Leonora solía ser obediente en aquella época. «Hoy mismo me pongo a régimen», se dijo, y ese mismo día, sin retardos, inició la dieta.

Había leído en una revista dominical una nota sobre una dieta realizada a base de pomelos que le pareció apropiada. La nota aseguraba que si se era estricta en su cumplimiento, podía llegar a adelgazar hasta siete kilos en una semana. «Un kilo por día», se dijo.

Calculó que en una semana estaría en línea, y que ya no volvería a sangrar «por ahí».

Buscó entre los trastos la revista. La encontró y repasó la nota. La dieta era sencilla. En el desayuno: medio pomelo; café o té sin

azúcar. En el almuerzo: medio pomelo, dos huevos duros, ensalada de pepino y tomate condimentada con jugo de limón y finas hierbas; como postre, podía comer una tostada de pan integral acompañada de un café o un té, siempre sin azúcar. A la cena: medio pomelo, una ensalada preparada con la mitad de una lechuga, condimentada con jugo de limón y finas hierbas, y un churrasco de pollo a la plancha. Sin postre.

La dieta no tenía variaciones en la semana. A lo sumo, las variaciones las podía cumplir con los aderezos de las ensaladas. De acuerdo con la nota de la revista, Leonora podía optar por vinagre en lugar del jugo de limón. Y las finas hierbas admitían múltiples combinaciones: podía preparar el aderezo con ajo y perejil, o con cebolla y tomillo, o con perejil, orégano y cebollinas verdes, y agregar salvia y menta en algún caso. Hinojo, nunca, pues ella consideraba que eso era comida de conejos.

Para que la dieta rindiera su óptimo, según explicaba la nota, Leonora debía ser consecuente y constante. Beber dos litros de agua diaria y hacer algo de ejercicio: caminar, hacer abdominales, practicar algún deporte. Lo del fitness que nombraba en esa parte, no lo entendió. La nota exponía, además, las propiedades del pomelo: bajo nivel calórico, ninguna materia grasa, poca cantidad de sodio, mucha vitamina C, mucha fibra, mucha agua. Todo ello, según se prometía ahí, provocaría en Leonora una sensación de saciedad que le evitaría andar quejándose de hambre.

«Solo una semana», se dijo la muchacha. «Luego será cuestión de cuidarse y mantenerse en línea».

A Leonora, que solía ser algo presumida en aquella época, le gustaba estar delgada. Sabía que eso la hacía más llamativa a la vista de los amigos del barrio, tal como sabía que sus pechos, ahora crecidos, eran una fuente de atracción para ellos.

La dieta funcionó, aunque no tan bien como Leonora había pensado. A los tres días, la muchacha había bajado dos kilos de peso. Su panza, que la verdad sea dicha no era abultada ni gruesa, se veía contenida, incluso algo disminuida. Lo notaba al ponerse los pantalones o al abrocharse la pollera. Y también lo notaba en que la sangre ya no salía «por ahí» con tanta fuerza.

En los cuatro días siguientes, redujo su peso en dos kilos más. En total cuatro kilos. «Nada mal», pensó Leonora. El sangrado había desaparecido por completo. «La dieta del pomelo funciona», pensó, complacida.

Como la nota de la revista advertía que la dieta no debía realizarse por más de una semana, Leonora buscó otras dietas para hacer. Una amiga le dijo que no era necesario hacer dietas tan estrictas. Que si evitaba las harinas y los dulces, con hacer un poco de ejercicio por día, ya era suficiente.

Las dos semanas siguientes Leonora hizo régimen, aunque progresivamente se fue relajando en su rigor dietético. Por aquí y por allá se permitía algún bizcocho, alguna galletita, algún alfajor. Y de vez en cuando agregaba al café con leche una cucharada de azúcar. «Bastante amarga es la vida», se decía, y esbozaba una sonrisa, como si con ello pudiera exculpar sus desplantes dietéticos.

Ya en la cuarta semana, el régimen había llegado a una laxitud completa. Leonora no podía negarlo: había comenzado a recuperar peso. Al cabo de la cuarta semana, verse en el espejo y decirse que estaba otra vez «gordita» eran una y la misma cosa. Y ya, Leonora comenzaba a sangrar de nuevo, otra vez, «por ahí».

Vuelta a los paños. Vuelta al pomelo. Vuelta al rigor del té y el café sin azúcar. Las ensaladitas aliñadas con hierbas y limón. El churrasco de pollo. La tostada de pan integral. «Y piensa que será para siempre», le dijo su madre, cuando ella se quejó por la vuelta del sangrado.

Así estuvo la muchacha por casi un año: bajaba y subía de peso regularmente; se imponía una vez al mes la dieta más estricta y se relajaba luego en sus comidas, tal como lo hacía en todos sus hábitos, para los cuales, ella pensaba, no tenía constancia. «Apenas recupero unos kilos y ya comienzo a sangrar», se dijo una vez, angustiada, al borde del llanto.

Y así siguió, hasta que un día descubrió la falsedad de la regla.

La doctora no le habló de las *refutaciones sofísticas* de Aristóteles, ni de las reglas de verdad, ni de las figuras y los modos silogísticos. No le explicó lo que son las falacias, esos errores en el razonamiento. No le dijo que el término «falacia» proviene del latín, *fallatia*, y que significa engaño. No mencionó la falacia *post hoc propter hoc*, ese error en el que nos precipitamos cuando interpretamos cualquier relación entre dos hechos que se suceden en el tiempo, como si uno fuera causa del otro y no una mera casualidad: tras esto, luego a causa de esto. No detalló el mecanismo lógico de *esa falacia de correlación accidental*: si el hecho A sucede antes que el hecho B, entonces A es causa de B. No intentó ser didáctica con ella, presentándole como ejemplo de dicha falacia aquello del gallo que canta al amanecer, de donde se podría deducir que el sol sale todos los días porque canta el gallo.

Nada de eso mencionó la doctora cuando Leonora la fue a consultar, completamente extrañada, porque estaba engordando y, sin embargo, hacía meses que no sangraba «por ahí».



| Tejedora



Le había dicho que la esperara. Que se sentara ahí, y la esperara. El niño obedeció.

La escalera de acceso tenía seis escalones. En un costado había una baranda de hierro, herrumbrada. En el otro no había nada. O sí: había un promontorio de tierra con el césped pisoteado que bajaba hasta la vereda. Las ramas del ciruelo de jardín, que estaba del lado de la baranda, molestaban el ascenso hasta la puerta del edificio. «Alguien debería podarlas», pensó el niño, que se había sentado ahí, a la sombra, en el escalón más alto.

Le había dicho que la esperara, y él la esperaba.

Al niño le llamó la atención un hilo de seda que flotaba en la tibieza del aire. Leves desplazamientos llevaban el hilo de un lado al otro por debajo de las ramas del ciruelo. Luego vio otro hilo. Y otro. «Las babas del diablo», pensó. Y esa idea lo hizo soltar un poco de saliva de su boca, entresacando apenas la punta de la lengua por los labios y dejando deslizar un hilillo débil que cayó desde su boca hacia el piso, un escalón más abajo del que él estaba sentado. El hilo de saliva se soltó de su boca y pasó entre sus piernas hasta llegar al suelo de cerámica donde se fue acumulando en un torpe espumarajo. «El diablo», pensó el niño, y movió su pie para borronear la saliva.

Levantó la cabeza y miró hacia la luz que atravesaba las ramas del ciruelo. El centelleo del sol en un hilo de seda le recordó una cabellera; la cabellera, un cuerpo; el cuerpo, una vileza. Pensó en Sandra, su hermana. Hubiera preferido ir a la playa esa tarde, pero ella no había querido que fuera él solo. Sandra lo había llevado a la península, al centro del balneario, y allí lo hizo esperar mientras ella hacía un trámite. «Un trámite», pensó el niño, y hubiera seguido pensando en eso si no fuera por que descubrió a la araña.

Uno de los hilos que flotaba en el viento se había tensado entre una rama del ciruelo y la parte inferior de la baranda de hierro. Por ese hilo vio descender a la araña. Luego la vio remontarlo en sentido inverso. Y una vez más la vio descender hasta que llegó a un punto en el centro del hilo, desde donde se dejó caer, soltando y arrastrando tras de sí otro hilo.

Pedro no lo sabía, pero la araña acababa de fijar el centro de lo que iba a ser la tela, la red, la trampa. La araña iba y venía desde las verticales a las laterales, pasando una y otra vez por el centro. Trazaba radios y triángulos. Esa era la trama de su red: un equilibrio tenso y agudo. Y así era el deslizamiento de la tejedora, que

consolidaba esa estructura de depredación. Pedro la miraba muy atento, inmóvil, apenas lo distraía pensar que en breve su hermana terminaría con el trámite y saldría del edificio, seguramente acomodando su ropa: el short corto y provocativo, la blusa escotada, la malla de dos piezas que, sobre su cuerpo, bajo su ropa, significaba el compromiso de que, al terminar de hacer el trámite, irían a la playa, y que luego, con el dinero que ella sacaría de la cartera donde guardaba los documentos, los cigarros y los preservativos, pagaría un helado doble para él y compraría cigarrillos o alguna chuchería para ella.

La araña seguía construyendo el cuadro de su tela, la trama, cuando el niño escuchó abrirse la puerta del edificio a sus espaldas. Su hermana salió presurosa y al pasar a su lado le dio un golpe breve en la nuca y le dijo un «vamos» que resumía el resto del plan al que ella lo había doblegado en esa tarde. El plan para el que lo había conquistado con la sola promesa de invitarlo con un helado antes del regreso a casa.

Pedro se levantó para seguir a Sandra, y entonces volvió a escuchar la puerta del edificio que se abría. Se volvió y vio a un hombre mayor parado en el umbral. Pedro lo miró como si lo conociera de algún lado. «Las babas del diablo», pensó. El hombre le hizo una guiñada y le indicó con un movimiento de cabeza que se marchara, que siguiera a su hermana, que si no se quedaría atrás.

Pedro no sabía lo que era la lascivia. Al menos no sabía que la palabra «lascivia» podía designar una actitud perturbadora, un talante al borde de la suciedad, de la roña. Pero en aquel gesto, en aquella falsa sonrisa, percibió lo mismo que le provocaban los transeúntes cuando se dirigían a su hermana con palabras soeces, piropos indecentes o requiebros cretinos. Sintió la mezcla de rabia y vergüenza que siempre le provocaban esas incursiones de los transeúntes en el mundo cerrado que él paseaba junto con su hermana cuando andaban por la ciudad. A partir de ese sentimiento activó en su interior el deseo de disponer del necesario poder de aniquilación como para eliminar esa suerte de agravios inútiles y estúpidos, esas inmundicias que los acechaban a cada rato. Y luego activó el deseo, sustituto, compensatorio, de disponer del suficiente poder como para desaparecer, desmaterializarse, hacerse invisible; el suficiente poder como para no estar adentro de su propia vergüenza y su propia nulidad ante los exabruptos de los hombres de paso, ante la «lascivia» de los hombres como el que estaba parado ahí, en el umbral de la puerta del edificio, guiñándole un ojo e indicándole lo que debía hacer.

Pedro bajó los escalones con lentitud y desgano, y se aprestó a seguir a su hermana. Entonces recordó a la araña. Miró hacia ese rincón de sombra, entre la baranda y las ramas bajas del ciruelo, y vio que continuaba con su trabajo: iba y venía con sus hilos de seda, tejía, urdía.

Se apresuró para dar alcance a su hermana que ya iba rumbo a la playa.

Caminaron cuatro cuadras hacia el este y llegaron a la rambla. Fueron todo el trayecto en silencio. Sandra caminaba rápido y Pedro debía acelerar el paso cada tanto, haciendo leves carreras para no quedar rezagado. Él no veía el rostro de ella, pero podía adivinar su gesto adusto, fatigoso, apenado.

A ella no le gustaba hacer trámites. Cuando la acompañaba y la esperaba, y ella estaba en esos menesteres, cada vez, él percibía cómo su hermana se ajaba un poco más; cómo dejaba de ser la niña con la que a él le gustaba jugar a cualquier juego; cómo dejaba de ser su hermana y se convertía en una mujer a quien él ya no debería andar persiguiendo a las corridas por la calle para hacerse con un helado o unas golosinas desabridas.

Llegaron a la playa Brava. Descendieron hasta la arena. No había mucha gente. Todavía no era la temporada de turismo, si bien la primavera ya casi había cedido su clima al verano. Sandra se quitó las sandalias, el pantalón corto y la blusa que llevaba, y se quedó con el bañador de dos piezas. Amontonó la ropa en la arena y colocó su cartera debajo. Luego salió corriendo para zambullirse en el agua. Pedro se quedó de pie junto a las prendas de su hermana. Dudó si seguirla.

De algún modo, como esas cosas que se saben sin saber, entendió que ella quería estar sola, que ese baño no era un momento de recreo, sino una instancia de purificación, y que él debía distanciarse, dejarla ir hacia el santuario del mar como una peregrina en busca de un sacramento, un sacramento que tanto podía significar la negación de la roña como la afirmación de esa vitalidad con la que en breve, dichosa y desafiante, estaría en la heladería encargando un helado doble para él.

Un rato después, desde el mar, a la altura donde rompen las olas, Sandra lo llamó. Le gritó que fuera a bañarse con ella.

Con desgano, Pedro se quitó las zapatillas y la remera y fue

caminando hacia el agua. Su hermana chapoteaba y le gritaba insultos provocadores y cariñosos, para incitarlo a que se zambullera en el mar de una vez.

Pedro entró al mar y se bañaron juntos; se empujaban contra las olas, se salpicaban con el agua salada, se palmeaban, subía uno a los hombros del otro alternativamente. Jugaban. El mar hacía su faena de reconciliación entre los hermanos.

Estuvieron así un rato largo, hasta que el frío les erizó la piel. Entonces salieron del agua y corrieron por la arena húmeda de la playa, para calentar los cuerpos con ejercicios bruscos. Después de los ejercicios, recogieron la ropa que habían dejado sobre la arena, se la pusieron sobre sus cuerpos aún mojados y salieron hasta la rambla. Caminaron hacia el centro, hacia la heladería.

Pedro llevaba las zapatillas en la mano. Andaba descalzo por la vereda. Su hermana iba junto a él. Por momentos le tomaba la mano. Por momentos le pasaba el brazo sobre los hombros. Iban a pasar de nuevo delante del edificio donde un rato antes ella había concurrido a hacer el trámite. A él le parecía que eso, haberla esperado, haber estado allí sentado, fuera algo que hubiera sucedido mucho tiempo atrás, en un instante indiferente de sus vidas, y no en esa misma tarde, apenas unas horas antes.

Cuando pasaron por la puerta del edificio, Pedro se soltó de la mano de su hermana y subió la escalera que separaba la vereda de la puerta de acceso. Hurgó hacia abajo, hacia el rincón en el que un rato antes se había concentrado para mirar cómo trabajaba la araña. La tela estaba completa. Una espiral pequeña rodeaba el centro. Otra más amplia se extendía hacia los bordes del cuadro, delineada con una regularidad casi perfecta. La araña estaba en el centro de la tela, quieta, al acecho.

Pedro tenía una zapatilla en cada mano. Con cuidado, extendió sus brazos uno a cada lado de la tela de la araña. Entonces golpeó suela contra suela, justo a la altura del centro de la telaraña. Retiró las zapatillas, las volvió, y se quedó mirando los restos de la araña, aplastados, enrevesados entre las hendiduras de las suelas de sus zapatillas.

| El devorador de paisajes



Un nombre raro: *imagofagocitosis*. Así se llama: *I-ma-go-fa-go-ci-to-sis*. Uf, si se cansa uno solo de decirlo. ¿Por qué será que las enfermedades tienen esos nombres tan largos y tan raros? Y en este caso, aun más que el nombre, lo raro es la enfermedad. Un asunto extraordinario. Un asunto de esos que muy de vez en cuando salen a luz, aunque, como se trataba del Gordo Gargarú y sucedía esta historia en pleno Delta, era difícil que pasara desapercibida.

Un buen día de verano, el primero de una semana aciaga, el Gordo Gargarú se dio cuenta de que no podía evitar que cada vez que veía algo de forma detenida y se concentraba en ello, fuera lo que fuera, lo que miraba desaparecía por sus ojos y terminaba alojado en su panza. Al principio no asoció la causa y el efecto: el mirar atento y la digestión inmerecida. Solo notó que tras mirar algo de manera fija, ese algo se esfumaba, desaparecía. Pero luego, por pura casualidad, asoció que toda la responsabilidad de las desapariciones era suya o, mejor dicho, de sus sistemas visual y digestivo.

El Gordo estaba mirando detenidamente un árbol, uno de esos pinos silvestres, una conífera común y corriente, cuando su reloj de bolsillo, que lo tenía abierto en la mano, dio la primera campanada señalando las tres de la tarde. Su mirada, primero reconcentrada en el árbol, se distrajo con el sonido del reloj. Entonces, el Gordo bajó la vista y pudo ver, reflejada en el cromado metálico de la tapa del reloj, la imagen fugaz y difuminada del pino que, a la manera de una saeta, se introducía por sus ojos. El Gordo alzó la vista para ver el árbol, pero el pino ya no estaba ahí. Y una vez más, sintió cómo pasaba por su garganta y su esófago una corriente cálida que su boca no había masticado ni bebido.

Las sospechas que venía albergando desde hacía tiempo, sobre su posible responsabilidad en algunas mutaciones del paisaje, parecían confirmársele. También comenzaba a hacerse una idea sobre sus extrañas sensaciones de deglución fantasmal. Pero todavía debía verificarlo. Debía comprobarlo. Fue así que, de manera concienzuda, pasó a ejercitarse en su extraña y patológica facultad.

Ese primer día de la semana probó con objetos pequeños: una cuchara, un lápiz, un peine. Los miraba, se concentraba en ellos y desaparecían, mientras su sistema digestivo se ponía en acción. Al cabo de cuatro o cinco pruebas ya no tenía dudas sobre lo que

sucedía, aunque nunca hubiera escuchado aquel nombre tan raro: *imagofagocitosis*.

Al día siguiente, el segundo de esa semana pesarosa, Gargarú hizo alguna prueba más. Probó con objetos más contundentes: una vieja camioneta abandonada en los lindes de su campo, el roquedal de la parte de atrás del rancho, el horno de barro. Al tercer día de la semana, sin dejar de sorprenderse todavía, se aventuró con paisajes enteros, los cuales pasarían a mejor recuerdo ante la atenta mirada del Gordo: la desembocadura del río Pío Pío, el monte de helechos de la isla de las Ratas, un atardecer en la pradera de los Carusso. Le llamó la atención que la magnitud de lo mirado no afectara mayormente los síntomas digestivos posteriores. En todos los casos, se tratara de un guijarro o de un cerro entero, las sensaciones de ingestión y digestión eran iguales.

El Gordo miraba los paisajes y así como entraban en sus ojos, terminaban en sus entrañas. Se depositaban allí, en el estómago y en los intestinos, laminados, superponiéndose uno sobre otro, como si sus vísceras fueran un archivador o la carpeta de dibujos de un artista de provincias. El Gordo miraba algo de manera fija y adiós objeto, adiós imagen, adiós paisaje: se desvanecía, se evaporaba o, mejor dicho, el Gordo lo engullía como una papilla de su imaginación. En el lugar de una piedra, un hoyo. En el lugar de un árbol frondoso, el azul del aire. En el lugar de una pradera, el vaporoso vacío vegetal o la continuidad verdosa de lo que, en la atenta mirada del Gordo, había quedado fuera de cuadro.

Pero más grave que su enfermedad era el hecho de que, ya al cuarto día de aquella semana, la comarca comenzó a notar los cambios geográficos. No voy a decir que el Delta estuviera quedando desierto, árido, seco como una hoja otoñal. Tratándose de esta región, eso no iba a ser cuestión de apenas unos días. Pero tampoco pasaba desapercibido un cierto desecamiento del paisaje local, una suerte de erosión fulminante de algunos mojones espaciales, una monótona repetición de imágenes desnaturalizadas: ¿dónde estaba el Ombú del Amotinado?, ¿dónde, el rosedal de las hermanas Miravalle?, ¿adónde había ido a parar el bosquecillo de las Lavanderas? La falta de esas referencias precisas era lo que la gente comenzaba a notar, avisando su falta con suspicacia o callándola con cautela.

El quinto día de la semana, en una ronda crepuscular de boliche, mientras discutíamos lo que unos daban en llamar «la extraña crisis paisajística», y otros definían como «el efecto inestimado de los cambios geoclimáticos», el Gordo Gargarú, que extrañamente se había presentado con unos lentes oscuros a pesar de que el sol ya había bajado, se confesó. Nos lo contó todo. Y para abatir cualquier duda o sospecha, nos hizo un par de demostraciones prácticas: un vaso, una silla. Ver para creer. Ver para desaparecer. Estupefactos, comprobamos que el Gordo no mentía.

Al principio consideramos el asunto en términos metafísicos. Discutimos mucho sobre adónde iban a parar las imágenes que vemos a diario. Uno decía que a la cabeza. Otro, que a la memoria. Aquel, que quedaban en los ojos o en la retina. Este, que en el corazón. Pero nadie, a excepción de Gargarú, afirmó que fueran a parar a la panza.

Luego, en plan de practicidad curativa, discutimos sobre la salud y el metabolismo del Gordo Gargarú. Lo suyo, no había vuelta que darle, tenía que ser una enfermedad. Algo anormal. ¿Tendría alguna cura? Esa fue nuestra preocupación en segunda instancia.

Conscientes de la gravedad que comportaba que desaparecieran los paisajes, y que nuestra acuífera comarca terminara pareciéndose al desierto de Atacama, ahí sí, el problema tomó otra dimensión. Podríamos decir que comenzamos a abordar la cuestión como si fuera un asunto de Estado: una cuestión política, una enmienda constitucional.

No nos preocupaba tanto que la panza del Gordo creciera a fuerza de devorar paisajes. Lo hacía, sí, pero no de un modo alarmante, pues las imágenes que él engullía debían de laminarse de algún modo y, de algún otro modo, tenían que ser extremadamente delgadas: el Gordo no parecía estar mucho más gordo de lo que siempre estuvo. No era la panza de Gargarú lo que nos preocupaba, sino otra cosa: ¿qué sería de nosotros si todo nuestro mundo, ese, el de los árboles altos y coposos; aquel, el del vuelo de las garcitas azuladas; todo nuestro mundo y sus paisajes, terminaban enrollándose como placas tectónicas en la panza del Gordo Gargarú?

Había que ponerle remedio a eso. Y si la cura incluía sanar al Gordo, mejor. Pero si el problema no se resolvía con su salud, ya veríamos de reivindicar algún tipo de eutanasia o profilaxis más radical para reparar lo irreparable. Había que pensarlo así, drásticamente. En

última instancia, la retórica del deber cívico nos sabría redimir si estábamos equivocados.

Avanzada la noche, resolvimos algunas cuestiones prácticas. El Gordo se vendaría los ojos hasta que supiéramos bien cómo resolver el asunto. Un par de nosotros lo acompañaría hasta su casa y nos turnaríamos para atender sus necesidades elementales. Otros, mientras tanto, iríamos a consultar a la curandera Zipitrán, esa mujer medio bruja, medio doctora, que en más de una ocasión había resuelto cuestiones que lindaban con lo sobrenatural.

Al día siguiente, el sexto de esta semana histórica, a mí y al procurador Bonifaz se nos encomendó ir a ver a Zipitrán. En su rancho del ejido de la ciudad, la mujer se encontraba atendiendo a un pescador que la consultaba por un problema de amores. Cuando el hombre se fue, nos hizo pasar. La pusimos en antecedentes sobre el caso. La mujer, una anciana de rasgos aindiados, pelo largo y negro, recogido en una cola de caballo sobre la espalda, piel curtida, ojos de venado moribundo, flaca como una hilera de hormigas, ceñuda y perspicaz, nos escuchó con atención.

Cuando terminamos de explicar el problema, quedó un rato largo en silencio. Balanceaba la cabeza hacia delante y hacia atrás, como si sus ideas, al intentar ordenarse orillando un pensamiento o el recuerdo de un concepto, fueran hamacadas por el ir y venir de un oleaje manso e incesante, incesante y absurdo. Al cabo de ese silencio lanzó aquella palabreja: *imagofagocitosis*.

Se levantó de su sillón de mimbre y fue hasta el interior del rancho. Al rato volvió con un frasco de vidrio que contenía un líquido viscoso y transparente. «Un lavaje», dijo Zipitrán. «Un lavaje con pasta de caracú de carpincho, sazonada con una pizca de excremento de zorzal. Con eso bastará. Disuelvan este preparado en dos litros de agua. El enema debe hacerse por la noche y a campo abierto. Y les recomiendo que se alejen cuando el Sr. Gargarú esté a punto de excretar. Vaya una a saber lo que va a salir de ese vientre».

Al mediodía conseguimos todos los implementos necesarios para la curación. Si no fuera porque Gargarú estaba desesperado, difícilmente lo hubiéramos convencido de introducirse aquel preparado en sus intestinos, y encima por vía anal. Pero poca gracia le hacía al Gordo andar con los ojos vendados y custodiado por dos amigos que,

llegado el caso, bien podían terminar siendo sus verdugos. Aceptaba o aceptaba, no tenía más opción. Así que a la noche del sexto día, ya finalizada la jornada, salimos en procesión por el campo cargando las vituallas para realizar la cura.

Lo que sucedió en la primera hora del séptimo día bien podría ser considerado como una versión grotesca del Génesis relatado en el Antiguo Testamento. Habíamos llevado una jarra con un tubo de goma. Habíamos llevado una bacinilla portátil, que consistía en una suerte de taburete perforado en el centro, como para que el necesitado dejara caer sus excrementos sin andar haciendo genuflexiones inmerecidas, acuclillándose en el vacío campestre de su monstruosidad. Y habíamos llevado el preparado que nos dio la curandera, cargándolo como una urna sagrada, como si de ese líquido mágico dependiese el futuro de una inviable humanidad o, más modestamente, el futuro de los habitantes del Delta y sus regiones circundantes, o sea, nosotros y unos cuantos paisanos más.

En honor a la verdad, hay que decir que el Gordo Gargarú colaboró con el procedimiento clínico. Lo hizo más por omisión que por voluntad, pero lo hizo. Una pasiva dignidad, más propia de una res que arrumba al matadero que de un anacoreta que busca la frontera mística del Ser, ganó su ánimo, al tiempo que la luz de las estrellas se imponía sobre la oscura soledad del terreno.

En un amplio descampado, procedimos a hacerle el lavaje al Gordo. Introdujimos aquel caño de goma entre sus carnosas posaderas como si, más acá de en un esperpéntico ritual, estuviéramos profanando el secreto más íntimo de un ancestro de la tribu. Una vez dispuesto el jarro y el caño de goma, vertimos la solución acuosa, preparada de acuerdo con la receta dada por la vieja curandera. Dejamos al Gordo desnudo de la cintura para abajo, sentado en aquel improvisado resumidero, y nos apartamos casi una cuadra de distancia, más por temor que por vergüenza.

No sabría decir ahora cuánto tiempo pasó antes de que el tratamiento rindiera efecto. No escuchamos las flatulencias admonitorias. No percibimos los espasmos recatados del Gordo Gargarú. No supimos de sus retortijones volcánicos. A la distancia, apenas vimos ese chispazo que avisó el fulgurante estallido de una luz que barrió la pradera como una tempestad. Fue apenas un momento,

la violencia de un sacudón sísmico y después la quietud de la noche.

Cuando fuimos a buscar al Gordo Gargarú, lo encontramos tirado boca abajo, gimiendo como un niño que acaba de romper su más preciado juguete. «Estoy ciego, estoy ciego» decía en un lamento sincopado. Sus ojos eran como esas filigranas circulares que algunas mariposas nocturnas llevan estampadas en sus alas; en ellos, el fino polvillo de una siniestra oscuridad aterciopelaba su mirada boba e impotente.

A la mañana siguiente todo estaba en calma en la comarca. Las cosas habían vuelto a ocupar su lugar. Los paisajes retomaban su monótono curso de geografías cotidianas. El trinar de los pájaros parecía rebobinar una película repetidamente proyectada en la matiné de los domingos pueblerinos.

El restablecimiento del mundo, la vuelta a su lugar de todos y cada uno de los paisajes, la reconquistada monotonía del Delta, contrastaban con la inhóspita ceguera de los ojos del Gordo Gargarú, donde el esfuerzo irascible de sus intestinos, su recto, su culo fofo, había dejado la marca de una voracidad castigada y corregida para el resto de sus días.

Este libro se terminó de editar en los talleres virtuales de Libro de notas en el mes tercero del año 2012, día exacto en que la primavera comienza a devorar los paisajes.

El proyecto de edición de Libro de Notas busca aunar textos de calidad con un formato y diseño adecuados a la lectura en ordenador y otros dispositivos alternativos. Todos los libros están disponibles para descarga libre, pero pedimos que se apoye nuestra labor editorial y el trabajo de los autores –sólo en el caso de que te haya gustado el libro– con una donación cuyo mínimo hemos fijado en un euro. Donar.
